



*Manos y corazón:
mujeres para la historia*

**Universidad de Puerto Rico en Utuado
mayo de 2006**

***A todas las mujeres puertorriqueñas
hacedoras de nuestra historia***

“Las mujeres han vivido en los límites por mucho tiempo-los límites de la sociedad y la historia. Sus luchas cotidianas, sus múltiples formas de entender y cambiar el mundo en que vivían, sus conflictos y fortalezas no han sido considerados como “historiables” hasta hace dos décadas”.

Dra. Blanca Silvestrini,
Género e historiografía (los relatos y las vidas)

Agradecimientos

Vayan mis agradecimientos en primer lugar a mis estudiantes del curso de Historia de Puerto Rico 3242 por la acogida que recibió este proyecto. A la profesora Lourdes Torres Camacho que le puso título al trabajo. A las secretarias del Departamento de Lenguajes y Humanidades, gracias por sus consejos e ideas, especialmente a Mercedes Rivera Pérez que organizó todo el material y lo hizo realidad.

Tabla de Contenido

	Página
Prólogo	
Manos que reciben a la vida.....	1
Por: Víctor J. Ramos Bermúdez	
Moliendo café.....	4
Por: Somara Durán Cortés	
Despalillando tabaco.....	7
Por: Saraí Villafañe Berrios	
Construyendo sueños.....	10
Por: Dayanara Soto Alicea	
Recuerdos de la montaña.....	13
Por: Wanda L. Cortés Vélez	
En diálogo con el más allá.....	16
Por: Ángel M. Ortiz Marrero	
De pesca en el lago Caonillas.....	19
Por: Yaritza Matos Negrón	
Forjadora de nuestra cultura.....	22
Por: Suania L. Rosado Cancel	
De paso por los comedores escolares.....	24
Por: Omar C. Morales Muñiz	
Alentando un sueño.....	26
Por: María López Estremera	
Remendando la crisis.....	28
Por: Astrid Pérez González	
Una partera experimentada.....	30
Por: Damaris Maldonado Cabán	
Amor a la educación y al ambiente.....	33
Por: Mayra Rodríguez Velázquez	
Luz Neyda Rivera, una concepción personal de la historia.....	35

Por: Luis M. Mejías Ríos	
Remontando el ayer.....	38
Por: Belkys Torres Mojica	
Haciendo carbón y cosiendo ayudé a construir la casita.....	41
Por: Rub Marie Acevedo Tollinchi	
Dios y Patria.....	43
Por: Rosaura Colón Pérez	
La educación del ayer.....	48
Por: Kathy Rivera Mercado	
La olímpica Angelita Lind Soliveras, nuestra Cinisca puertorriqueña.....	50
Por: Jaixme de Jesús Conde	
Una obra con sutileza de mujer boricua.....	54
Por: Jessica Serrano Torres	
Cosiendo y bordando.....	57
Por: Christian Pérez González	
Labrando la tierra.....	59
Por: Brenda L. Montalvo Ramos	
Tres Generaciones.....	61
Por: Gabriel J. Rivera Sánchez	
Trabajé en el azúcar, el tabaco, el café y en la industria de la aguja.....	62
Por: Diana L. Hernández Rivera	
Luchando por sobrevivir.....	65
Por: Jannet Ramos Reyes	
Una vida de sacrificio.....	67
Por: Jeniser Morales Burgos	
La empresa familiar.....	70
Por: Astrid Viera	
Una solista y una flor.....	74
Por: Limaris González Pérez	

Todo era tan diferente.....	77
Por: Yesenia Vélez Olmeda	
Artesana de espíritus.....	79
Por: Gladis Quiles Torres	

Prólogo

Tratar de cambiar la visión de la historia dentro de mis cursos ha sido siempre mi norte. La historia, a mi juicio, no puede ser un suceso tras otro sin hilvanar, ni tampoco un montón de fechas y mucho menos preguntas y respuestas que se memorizan sin pensar. La historia tampoco es una serie de acontecimientos importantes ni de hombres importantes. Esa es la definición tradicional de la historia, la que aparece en los textos, la que llamamos historia oficial.

En estos momentos cuando lo común y lo cotidiano es parte de la historia, cuando se hace historia de los oprimidos, de los trabajadores y de las mujeres, la manera de ver y estudiar la historia comienza a cambiar. La historia oral es fundamental para poder entretelar acontecimientos y experiencias vividas. Esto es precisamente lo que mis estudiantes han logrado a través de este proyecto. Han recogido memorias y tomado conciencia que no existe distancia entre la historia oficial y las mujeres de las que escribieron. La historia de estas mujeres no es paralela a la historia oficial, por el contrario, se entrelazan.

Celebremos el esfuerzo de este grupo de investigadores e investigadoras de darle vida a unas memorias que habían estado históricamente ausentes.

***Dra. Sandra A. Enríquez Seiders,
Profesora de Historia de Puerto Rico***

Manos que reciben a la vida

Según F. Scarano en su libro *Puerto Rico: cinco ciclos de historia*, en la década de 1930 se da en la isla una serie de sucesos que fueron cambiando drásticamente la vida de los puertorriqueños. Con el paso del huracán San Felipe por la isla en 1928, reinaba la desolación y la miseria en los puertorriqueños. Cinco años después se da un ciclo de huelgas y protestas en distintas partes de la isla. Mientras que en el aspecto político se desatan grandes enfrentamientos entre los nacionalistas y funcionarios norteamericanos.



A comienzos de la década de 1940 se desata la gran depresión, en la cual se redujo drásticamente la economía insular y como si fuera poco también se desata la segunda guerra mundial, factores internacionales que afectaron a nuestra isla. Para finales de la década de 1940 y principios de la década de 1950 en Puerto Rico se da un proceso de modernización y en este mismo momento es que se originan programas y estrategias de industrialización, crecimiento económico y mejoramiento social. Para el 1952 surge la formación del E.L.A. bajo la gobernación de Luis Muñoz Marín. En este mismo año surge una migración intensa hacia los Estados Unidos, en busca de mejores empleos y condiciones de vida. Diez años más tarde se da una migración, pero esta vez fue interna.

Mientras estos acontecimientos ocurrían en nuestra isla, en la región central existía y existe una mujer que se dedicaba a atender partos. Esa mujer es Consuelo Ballester, quien es una de varias comadronas que había en la región. Doña Consuelo comenzó con esta práctica a principios de la década de 1940. Consuelo había heredado el oficio de su madre, el de comadrona y el de santiguar. Para ser comadrona había que tener licencia y doña Consuelo es una comadrona certificada. Para obtener esta licencia las comadronas tenían que viajar los domingos hasta el pueblo de Lares. Cuando las comadronas llegaban, se le hacían varias preguntas como por ejemplo, ¿en los partos las mujeres se quejan de mucho dolor?, ¿las mujeres les gritan o le repugnan?, entre otras.

También en Lares las comadronas tenían que presentar su certificado de salud, tenían que presentarse vestidas de blanco como si fueran a atender un parto y llevar todo el equipo que utilizaban. Entre el equipo se encontraba una romana que se utilizaba para pesar el niño, una tijera esterilizada la cual utilizaban para cortar el cordón umbilical, toallas, sábanas y en muchas ocasiones tenían que llevar hasta una gallina para darle un caldo a la mujer luego de que ésta diera a luz.

Doña Consuelo visitaba a las mujeres embarazadas semanas antes de que éstas dieran a luz y les decía casi exactamente el día en que iban a parir. Cuando llegaba el día de la mujer dar a luz, doña Consuelo comenzaba a darle un sobo a la mujer y haciendo una oración le preparaba un guarapo que casi siempre eran de naranja y manzanilla. Todo esto era para que la mujer no sufriera de dolor.

Muchas de las mujeres que doña Consuelo atendió dieron a luz de pie. A la vez que el niño salía de la mujer doña Consuelo cortaba el cordón umbilical, luego limpiaba al niño con toallas y lo revisaba. Después de atender el parto, Consuelo realizaba los trabajos de una comadrona certificada que consistían en pesar al niño con la romana y tomarle las medidas. Todo esto doña Consuelo lo anotaba en el libro de comadronas; en

llevaba un registro partos que había escribía la información las medidas, nombre madre, el pueblo y el después de que la comadrona iba al llevaba su libro de Registro Demográfico



este libro doña Consuelo detallado de todos los atendido. En él se del niño como el peso, del padre, nombre de la barrio. Varios días criatura había nacido la hospital de Utuado y registros a la oficina del para registrar a la

criatura y luego los padres buscaban el acta de nacimiento del niño.

En cuatro décadas aproximadamente doña Consuelo atendió sobre 600 partos. Muchas veces atendió familias enteras y de sus ocho hijos ella misma atendió sus últimos dos partos. La paga que recibía por parto era de diez (10) dólares y en muchas ocasiones las familias eran tan pobres que no le pagaban y

doña Consuelo tenía que llevar hasta la gallina para el caldo. Semanalmente atendía un promedio de cinco partos y a veces los atendía en la ambulancia. De hecho en un momento le llegaron a ofrecer trabajo en el hospital de Utuado pero ésta lo rechazó.

Doña Consuelo es una mujer muy amable y humilde. A sus 92 años recuerda con mucho entusiasmo su vida como comadrona y está como “coco”. Doña Consuelo se siente capaz de atender un parto en estos momentos aunque a lo que más se ha dedicado en esta época ha sido al santiguo.

Moliendo café

Con la decadencia del azúcar comenzó en la isla el cultivo de café. En los pueblos del centro de la isla como lo fue en los municipios de Yauco, Adjuntas, Maricao, Las Marías, Lares, Ciales, Jayuya y Utuado, los puertorriqueños comenzaron la siembra de café, la cual fue de gran valor comercial. Francisco Scarano en su libro *contemporánea* dice: “Los cafetales fueron hechos gracias a la obra persistente de los que talaron montes espesos y centenarios, quemaron la maleza, sembraron las hileras de cafetos junto a las de plátanos y guineos, y esperaron pacientemente de tres a cinco años para cosechar los primeros granos”.¹



El auge que tuvo este producto cambió la situación económica de las familias campesinas. Tanto las mujeres como los niños trabajaban en las parcelas ya fueran propias o arrendadas. Las mujeres y las niñas hacían también trabajos de costura, lavado de ropa, cuidado de los niños y labores domésticas.

Todo ese tipo de trabajo lo confirma Scarano (1990) cuando dice: “El desarrollo de la economía cafetalera impuso exigencias adicionales a las mujeres y a los niños fuera de un ámbito del hogar. Todos los miembros de las familias campesinas eran trabajadores potenciales del café. Los niños de tres años en adelante podían dedicarse a recoger los granos de los ganchos bajos o los que caían al piso. Las mujeres desempeñaban el recogido y sorteo de los granos con la misma destreza que los hombres”.²

Las mujeres y los niños aunque se emplearan sólo durante la cosecha, contribuían al sostenimiento de su familia. La temporada de recogido del café era una buena época ya que había trabajo para todos.

María Figueroa Galíndez, una de tantas mujeres que han dedicado la vida a recoger el preciado fruto, nació el 20 de diciembre de 1930 en el pueblo de Ciales.

¹ Scarano, Francisco. **Puerto Rico: una historia contemporánea**. México: Interamericana Editores, S.A., 1990, p. 107.

² Ibid., p. 108.

Hija de padres campesinos y la menor de ocho hijos. Estudió en una escuela del mismo pueblo hasta el tercer grado donde aprendió a leer y a escribir. Desde entonces se dedicó junto con sus otras hermanas a labores del hogar, al cuidado de sus hermanos y labores de recogido de café ya que a los 10 años su madre falleció de cáncer. Para el año 1958, María que tenía entonces 28 años se casa con Domingo Durán Pagán y fueron a vivir como agregados a la hacienda de Don Millo Reine en el barrio Frontón Altura del pueblo de Ciales. En esta hacienda realizaba labores domésticas, además de recoger café. Por cada almud de café que María recogía le pagaban 50 centavos. Este precio fue cambiando con el paso de los años.

Los productos de primera necesidad al igual que la comida los podían conseguir en la misma hacienda ya que ésta contaba con una pequeña tienda. El dueño de la hacienda les permitía criar animales y coger de lo que se cosechaba allí como lo eran las verduras. También podían coger café, pero, del que caía en el suelo.

Para este tiempo todavía no contaban con el servicio de energía eléctrica y tampoco con el de acueducto, María tenía que ir al río o a la quebrada a lavar ropa y a buscar agua para las necesidades del hogar.

María y su esposo vivieron y trabajaron en esta hacienda por 17 años. Luego cuando el país comenzó a mejorar se hicieron de su propia casa. Su padre le dejó en herencia una finca. Allí continuó trabajando cultivando y recogiendo café. Las labores que María realizaba en la finca eran sembrando café, dándole mantenimiento a estas plantas y recogiendo su fruto.

En el año 1990 a María se le otorgó un reconocimiento en el pueblo de Maricao como la mejor recogedora de café del Municipio de Ciales. En esta actividad le otorgaron un cuadro de una mujer recogiendo café que dice “Para el fruto de nuestra tierra nuestras manos” y también un certificado de reconocimiento otorgado por el Departamento de Agricultura. En esta actividad también se les reconoció a otras mujeres dedicadas al recogido de café de otros municipios.

Doña María además de dedicarse al recogido de café también realizaba todo el proceso que conllevaba llevarlo de la mata a la taza. Lo primero era el secado, que consistía en poner el café bajo el sol. Luego de que el café estaba seco se

procedía a pilarlo, tostarlo, molerlo y colarlo. Todo este proceso ella lo llevaba a cabo en su hogar para su consumo y el de su familia.

Despalillando tabaco

El tabaco es una planta que se conoce desde principios de nuestra historia. De acuerdo con Francisco Scarano en su libro **Puerto Rico: Cinco siglos de historia**, el tabaco adquirió cierta importancia agrícola y comercial desde el periodo de colonización. En el transcurso de los años el cultivo del tabaco jugó un papel muy



importante para muchas personas en Puerto Rico. Las primeras personas que cultivaron el tabaco en Puerto Rico fueron los españoles. Ellos utilizaban a los indios y a los esclavos africanos para realizar éstas labores. Innumerables aventureros y comerciantes de países europeos y esferas coloniales americanas llegaban a la isla a vender esclavos y mercancías y llevarse los productos cosechados como el tabaco. Como consecuencia de esto, convirtieron a Puerto Rico en una vía de contrabando. Así lo afirma Scarano cuando dice: “Puerto Rico desempeñó un papel muy importante en el abastecimiento de productos naturales como el tabaco.”

El tabaco en Puerto Rico se fue desarrollando más en el siglo XIX debido al hábito de fumar cigarros en Estados Unidos, Europa y Puerto Rico. Ésto a pesar que el tabaco de Puerto Rico no era comercialmente reconocido y tan bueno como el de Cuba. Pero poco a poco se fue ganando la reputación internacional como producto de mediana calidad.

Durante el siglo XX el cultivo del tabaco tuvo un desarrollo grandísimo en los municipios del centro de la isla de Puerto Rico. Los inversionistas norteamericanos se centraron mucho en la industria del tabaco en Puerto Rico. Esto debido a que en Estados Unidos había un gran mercado para la hoja y cigarro de tabaco y de esa manera ellos podían ganar mucho dinero.

A pesar de las grandes compañías tabacaleras que se crearon durante el siglo XX, existían también agricultores independientes que le vendían sus cosechas a las grandes compañías o intermediarios que las revendían a las grandes empresas. Dentro de los agricultores independientes se pueden mencionar las haciendas.

Éstas podían ser realmente pequeñas y con poco personal para trabajarlas ya que los dueños no tenían suficiente dinero para pagarle a mucho personal. En ellas trabajaban hombres y mujeres, muchos de ellos muy jóvenes, para realizar todo el trabajo.

Una de las mujeres que tuvo que salir a trabajar desde muy joven para ayudar en el sustento de su hogar y familia lo fue María Hernández Rivera. Actualmente tiene 86 años de edad. Nació el 3 de septiembre del 1919. Era la tercera de once hermanos. Vivía con su padre, Benigno Hernández, y su madre, Modesta Rivera, en una pequeña casita de madera en el barrio Vaga de Morovis. Estudió hasta el tercer grado en la Escuela Vaga de Morovis. No pudo cursar otros grados debido a que las escuelas quedaban muy lejos y su familia no contaba con los recursos necesarios. De pequeña se dedicó a las tareas del hogar, al cuidado de los animales, las plantas, y le ayudaba a su padre y su madre en la siembra del tabaco y café. Con tan sólo 17 años de edad trabajó en una hacienda de agricultores independientes en el barrio Vaga de Morovis que se dedicaba a la siembra de tabaco. Todos los días tenía que bajar una cuesta por un camino de tierra, cruzar un río y subir otra cuesta hasta llegar al trabajo a las siete de la mañana. Una vez allí comenzaba sus labores las cuales dependían de lo que había que hacer con el tabaco.

María cuenta que “luego de sembrado el tabaco había que regarlo y abonarlo todos los días. Había unos insectos llamados changas que se metían por debajo de la tierra hasta llegar a la mata de tabaco y se la comían. Para ello se utilizaba un polvo llamado “verde parís” el cual se le echaba alrededor de la mata de tabaco para matar las changas y no permitir que se la comieran. Si la mata era comida por una changa había que volver a sembrar otra mata. Mientras la mata iba creciendo se iba desyerbando con una azada o con las manos.”

Continuó diciendo: “Cuando la mata echaba la flor le cortaban el cogollo para que la hoja madurara. A esto se le llamaba capar tabaco. Luego cuando la hoja estaba madura la estallaban o sea las cortaban y las ponían en unas estibas donde las llevaban al rancho para coserlas. El tabaco lo cocían con una aguja y un hilo. Iban pasando las hojas por la aguja y las colocaban en el hilo de dos en dos y espalda con espalda. Luego amarraban los hilos a unas varillas que había en el

rancho para que se secase. Al secarse lo bajaban de las varillas y lo ponían en estibas para después deshojarlo. Mientras lo deshojaban se hacían como una gavillas para luego amarrarlo, colocarlo en unos fardos, empacarlo y venderlo.”

Finalmente, dijo: “Lo empacaban y vendían de acuerdo a la clase de tabaco que era. Estaba el tabaco manojo que era el bueno y el mejor que se vendía. Luego le seguía el tabaco tripa que era más flojo que el manojo pero se vendía bien. Por último estaba el tabaco boliche que era el más malo de todos y el más malo para vender.”

Además de eso también hilaban tabaco para masticar. Iban hilando tabaco tras tabaco hasta hacer una sogá larga. Luego lo enrollaban y al royo le llamaban cajetilla. Estas cajetillas las podían vender por cuarta, por yarda, etc. o lo hacían para ellos mismos masticar.

A María Hernández Rivera se le pagaba 25¢ el día desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde por realizar todas estas tareas. El dinero se le pagaba semanalmente. Parte de éste, en efectivo y la otra parte lo podía sustituir por “blankín”. El “blankín” era un pedazo de tela que lo utilizaban para hacer ropa interior. El dinero era para ayudar en el sustento de la casa. Estuvo en este trabajo como por dos años. Se casó a los 19 años con Pedro Nieves y tuvo 10 hijos. Se mantuvo trabajando junto a su esposo en una finca de café y tabaco que tenían arrendada. Doña María realizaba las tareas del hogar además de trabajar en la finca. Ella preparaba el almuerzo a los peones y se lo llevaba en latas. Muchas veces los peones estaban trabajando muy lejos en unas colinas y ella tenía que subir hasta ellos para llevarle el almuerzo. Mas tarde consiguió un trabajo en los comedores escolares y allí se mantuvo trabajando hasta jubilarse. Siempre se dedicó a su familia y a encaminarlos hacia delante. Ha sido una gran madre y una mujer fuerte y luchadora.

Construyendo sueños

De acuerdo con Scarano, la industria de la aguja en Puerto Rico se desarrolló durante la década de 1920. A partir de ese año, el valor de los tejidos vendidos a Estados Unidos, subió de 36.2 millones en 1925 y a \$15.4 millones en 1929. La industria se convirtió en una actividad de casi tanto valor como el tabaco y más valiosa que el café. En esta industria las



mujeres desempeñaban las labores de costura, bordado o tejido en sus propias casas, particularmente si se trataba de labores como el mundillo. Se suponía que obtendrían una cantidad fija entre 25 y 50 centavos diarios por su trabajo, pero con la condición de que tenían que terminar el mismo, de lo contrario recibían menos de la cantidad estipulada.

Como se observa, la industria de la aguja estaba basada en una explotación de miles de trabajadores, especialmente de mujeres y niñas. Un ejemplo vivo de esta situación fue María Justina Colom García, conocida cariñosamente como Doña Yuty. Ella nació el 8 de septiembre de 1924, en el barrio Santa Isabel de Utuado. Sus padres fueron Don Antonio Colom Medero y Doña Ceferina García Delgado.

Cursó hasta el cuarto grado en el Barrio Ángeles de Utuado. Desde muy pequeña trabajó para ayudar a sus padres y a su abuela. En esa época hacía bordados, tejía y ayudaba en los quehaceres del hogar. Tuvo que comenzar a trabajar en la costura porque su familia era muy pobre. De esta manera aportaba económicamente al hogar. Siempre buscó la manera de ayudar a su familia ya que no solo trabajó en el tejido, sino que también ayudaba en la agricultura, enrollaba tabaco y velaba hogueras.

Doña Yuty vivió durante la Gran Depresión donde no había trabajo y el valor de todos los productos era el doble. La única manera de subsistir era de lo que su papá sembraba.

Ella contrajo matrimonio a la edad de veintiún años con Aurelio López González y residieron en el Sector El Corcho del barrio Ángeles de Utuado. Se conocieron siendo pequeños y luego de varios años se reencontraron en la casa de un familiar de Aurelio. Tuvieron un noviazgo de dos años y medio y se casaron en el año 1945. Madre de doce hijos luchó junto a su esposo para tener una familia unida. Trabajaron incansablemente hasta que sus hijos se prepararon profesionalmente. Aún de adulta continuó trabajando en el tejido ganándose de cuatro a seis centavos por cada docena de pañuelos que cosía. Ella recibía por correo los materiales para hacer los bordados y los enviaba por correo nuevamente ya preparados.

Por otra parte, ella recibía una ayuda mensual que se conocía como “Mantengo”. Dicha ayuda le proveía alimentos para sus hijos tales como: leche en polvo, queso, carne enlatada, harina de maíz, habichuelas en granos, jamón en lata y latas de salmón, entre otros.

Se distinguió por su calidad humana y su espíritu de servicio al prójimo. Luchó incansablemente para lograr que la Comunidad del Corcho, Santa Isabel, Ángeles y otras alcanzaran los servicios de agua, luz, carreteras, teléfonos, empleos y viviendas. Consiguió emplear a través de diversas agencias, amas de casa para personas con discapacidades. De igual manera, ayudaba a las personas de escasos recursos a obtener un empleo hablando con el alcalde sin importar la ideología política que tuviera. Por otra parte, ayudaba a los jóvenes a tramitar los documentos para completar el cuarto año de escuela superior y obtener los trabajos de verano.

Allí donde la necesidad imperaba, ella siempre estuvo presente no importándole el esfuerzo que tuviera que hacer, ni las agencias que tuviera que visitar. Por ejemplo, ayudó a Don Inocencio Malavé y su familia, entre otras personas, a que le restauraran su casa ya que esta estaba en pésimas condiciones. Además, logró satisfacer las necesidades de varios niños y adultos con diversas condiciones de salud, entre ellas, proveyendo máquinas de terapia respiratoria para el tratamiento del asma. Por otro lado, a ella se le atribuye la reconstrucción del puente de La Prá ya que obtuvo los materiales a través del municipio y se encargó de que los miembros de la comunidad realizaran dicha labor.

Para sorpresa de todos Doña Yuty falleció el 31 de julio de 1999 a causa de una embolia pulmonar. Su muerte causó mucho dolor en su pueblo y en su barrio. Todos vivieron agradecidos con toda la tarea realizada para ayudarlos. Siempre será recordada como una mujer luchadora, líder, excelente esposa y excelente madre. En reconocimiento a sus esfuerzos y gran labor, una de las carreteras del Sector El Corcho lleva su nombre al igual que la cancha bajo techo de dicho lugar. Además, fue homenajeadada póstumamente dedicándole las fiestas patronales del año 1999.

Recuerdos de la montaña

“Aproximadamente era el año 1948. Luis Muñoz Marín era gobernador. El alcalde de mi pueblo Utuado se llamaba Ermelindo Santiago. Se había desatado una guerra, no me acuerdo muy bien si para esos entonces estaba la de Corea, pero si me acuerdo de la escasez de alimentos que había. No había arroz y los colmados que lo tenían lo escondían para luego venderlos más caro. Vivíamos de lo que se sembraba y tampoco era mucho. Se desató la Revolución Nacionalista organizada por su líder Pedro Albizu Campos. Los militares americanos bombardearon las calles de Utuado en busca de nacionalistas. La casa de Damián Torres fue bombardeada, allí se encontraban los nacionalistas con armas escondidas. Llegaron a matar a muchas personas inocentes en Utuado al igual que en Jayuya. Me acuerdo de un hombre llamado Antonio, que le decían “Tony”. Él fue víctima de esos ataques, su cuerpo lo tiraron en la carretera y los perros se lo fueron comiendo. La guerra trajo con ella escasez de alimentos y de jornal. Éramos como esclavos. Trabajábamos todo el día por sólo \$1.00. Más adelante lo aumentaron a un \$1.50.”

Así comenzó hablando Hilda M. González Rodríguez, quien nació el 16 de julio de 1931 en Utuado. Sus padres fueron Manuel González Ramírez y Maria Rodríguez Ortiz. Tuvo seis hermanos, cuatro mujeres y dos varones. Se educó hasta el segundo grado. Sólo iba a la escuela por una o dos horas por día, ya que su madre estaba enferma y ella cuidaba de sus hermanos. Nunca llegó aprobar el primero ni el segundo grado. Su maestra, la Sra. Villanueva sabía de la condición de su madre y le permitía que tomara clases de ocho a diez de la mañana ya que tenía que regresar a la casa para realizar sus tareas. Estas eran lavar ropa, tenía que cargar un balde de ropa al río para lavarlo en las piedras y recuerda dos señoras Elena y Analida que cuando la escuchaba dándole a la ropa con una paleta bajaban para ayudarla, ya que se le hacía difícil exprimir el agua de la ropa. También planchaba la ropa de toda la familia, cocinaba en un fogón y como no podía alcanzarlo, tenía que utilizar una lata de galleta para treparse y cocinar. Buscaba agua en la quebrada y la ponía en una tinaja de barro para que se mantuviera fresca. Además cuidaba y estaba pendiente de sus hermanos y de su madre. Su mama estaba

postrada en una cama. Tenía un absceso en el costado izquierdo, que cada día que pasaba le crecía. El doctor no se lo removió sino que se lo vació. Esto le produjo un roto que había que curar todos los días. Se le introducía una “mecha” que se hacía de gasas y sólo se le dejaba la puntita hacia fuera. Al otro día se le removía con el "pus" que acumulaba la herida. El doctor nos dijo que tan pronto cicatrizara la herida ella moriría y así fue. Su madre también padecía de reumatismo sus manos y sus piernas estaban encogidas. Con la ayuda de su padre ella bañaba a su mamá. Su papá trajo a una curandera, quien al ver la mamá en aquel estado dijo que le habían hecho un hechizo. Como no comía la curandera dijo que tenía una pelota en la garganta y que iba hacerle un trabajo para ayudarla. Después de la visita, su madre pudo comer, pero poco a poco fue poniéndose más débil hasta que un día murió. Tenía sólo 38 años.

Hilda comenzó a trabajar para ayudar a su padre con los gastos. Tenía 15 años de edad. Trabajaba en una casa del pueblo. La Sra. Margot Casaña la contrató como sirvienta. Le cuidaba a sus cinco hijas, le lavaba la ropa en el río, le planchaba, le cocinaba y le daba la comida a las niñas. “Yo era la última en probar un bocado de comida. La Sra. me iba a buscar el domingo por la tarde para que comenzara a trabajar el lunes temprano hasta el jueves. Me pagaban diez centavos al día lo cual sumaba \$1.60 al mes”, relató Hilda.

De viernes a domingo ayudaba a su padre sembrando tabaco, le echaba abono, lo fumigaba, y lo llevaba a los semilleros donde se transplantaba a la tala de tabaco. Allí permanecía hasta que se cosechaba, se recogía, se cosía y se llevaba a los ranchos para que se secase. Luego amarraban y finalmente se llevaba al banco tabacalero.

A los 18 años se casó con Tomas Vélez Albarrán. Él era un obrero que trabajaba en la caña y también trabajaba en la construcción de la carretera de Sabana Grande. Ella continuó trabajando en el tabaco. Comenzaba a trabajar a las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde. El tabaco se recogía y se clasificaba en sus distintas variedades. Luego se cosía de par en par, lomo con lomo, no barriga con barriga porque se quemaba y se dañaba. Tardaba 30 a 40 días en secarse, se hacía en gavillas y se envolvía en fardos. Finalmente, se entregaba al banco

tabacalero y allí comenzaba el proceso de despalillar. Se hacían estibas y se fermentaba y se enviaba a San Juan. Despalillar consistía en remover la vena gruesa de la hoja llamada también "parlote" y luego se planchaba en una mesa. Dependiendo de la clase de tabaco pagaban hasta \$30.00 el quintal.

Algunos precios en que pagaban el tabaco:

Manojo largo	\$30 x quintal
Manojo corto	\$20 x quintal
Tripa larga	\$15 x quintal
Tripa corta	\$10 x quintal
Boliche	\$ 6 x quintal
Rabia	\$ 3 x quintal las últimas hojas quemadas del tabaco

Hilda trabajó en la finca de Don Oscar Vilá de siete de la mañana a cuatro de la tarde sin comida y sin agua. Le pagaban 100 varillas por 50 centavos. Muchas veces se le hacía imposible completa la tarea porque tenía que irse para atender sus seis hijos. Se ganaba \$1.50 hasta \$2.00. Si hacía la cuota completa se ganaba \$5.00 a la semana.

Mientras escuchaba a Hilda relatar el recuerdo de su pasado, permanecí en silencio. Admiro su valentía y su fuerza porque desde muy pequeña ha tenido que trabajar duro en las tierras para poder sacar a su familia hacia adelante. Sus años se ven marcados en su rostro, en sus manos y en sus ojos. Jamás me hubiera imaginado que esta viejita, mi abuelita tuvo que pasar por tanto sufrimiento, Ahora la miro de otra manera. La admiro aún más porque nunca se dejó vencer. Ahora entiendo cuando me dice con tanta pena: “ Ay hija, tu no sabes todo lo que yo he pasado.



Hilda con su esposo Tomás y su hijo mayor.

En diálogo con el más allá

El espiritismo fue introducido en Puerto Rico durante la segunda mitad del siglo 19 (Cruz Monclova, 1952). Para ese tiempo Puerto Rico era una colonia de España, y la religión oficial era el Catolicismo. El ambiente político se caracterizaba



por la represión de los derechos civiles. Sin embargo, un buen número de puertorriqueños de clase media tuvo la oportunidad de estudiar un francés que escribía bajo el seudónimo de Allan Kardec (1804-1869). A Kardec se le considera el padre del espiritismo debido a que fue responsable de recopilar la doctrina espiritista en una serie de libros. Al regresar este grupo de intelectuales puertorriqueños, empieza a propagarse el ideal espiritista en la Isla.

Las obras espiritistas tales como: el Libro de los Espíritus y el Libro de los Médiums adquirieron mucha popularidad entre la comunidad intelectual puertorriqueña básicamente porque en ellas se predica el ideal de igualdad y justicia social. Algunos líderes puertorriqueños como Rosendo Matienzo Cintrón, Manuel Corchado y Juarbe, entre otros, se interesaron por la filosofía espiritista e hicieron referencias a la doctrina espiritista en sus discursos a la comunidad puertorriqueña. A pesar de la represión, el movimiento espiritista creció rápidamente y varios centros espiritistas fueron organizados en diferentes partes de la Isla. Los puertorriqueños empiezan a practicar un espiritismo que no es el que predicaba Kardec en sus libros sino que integran al espiritismo elementos de medicina. Es decir, sincretizan al espiritismo con ideas del catolicismo popular, el curanderismo, la medicina de plantas y otras prácticas de sanación popular. Esta práctica espiritista es en cierta forma, una creación sociocultural que integra diversas tradiciones religiosas y culturales.

Una de esas puertorriqueñas fue Aida Rivera Ojeda, quién ejerció como espiritista durante 46 años. Comenzó practicando el espiritismo a la edad de diez años, en su pueblo natal de Jayuya, Puerto Rico. Adquirió sus conocimientos a

través de sus padres. Los padres de doña Aida practicaban el espiritismo. Su casa siempre se pasaba llena de personas, buscando ayuda por medio del espiritismo. Los padres de doña Aida cobraban y con esto cubrían las necesidades del hogar. Los conocimientos que ellos adquirieron sobre el espiritismo no fueron de libros, sino a través de visiones. Con el tiempo, Aida comenzó a celebrar sesiones espiritistas. En su casa se reunían personas espiritistas, colocaban los libros de espiritismo en una mesa y llamaban a los seres muertos, que eran espíritus de luz. Cogía cartones y hacía 40 cartas para echarle la suerte y decía a las personas lo que iba a pasar. Al principio, doña Aida vivía del dinero que ganaba de esta práctica, ya que su esposo no vivía con ella. Ella sentía que el Señor le hablaba y le pasaba las manos en la cara y Él mismo le decía que ella era sierva de Dios. Creía también en el poder de Buda, además de que la gente la buscaba mucho para poder lograr conquistar a las mujeres o a los hombres. Realizaba reuniones también para hacer daño a las personas, que supuestamente actuaban de mala fe. Hubo un caso de un médico que la visitó, para que ella le dijera si su esposa podía quedar embarazada. Ella la santiguó varias veces y le pidió que tomara jugo de uva con la yema de huevo, ya que se encontraba débil. El médico siguió las instrucciones de doña Aida y su esposa quedó embarazada. Doña Aida nunca tuvo miedo y las personas la respetaban. Algunos la llamaban bruja pero esas personas en un momento dado buscaron también su ayuda. En ocasiones analizaba y sentía como que no estaba haciendo el bien, pero continuaba con el servicio. Su labor era gratuita, nunca llegó a cobrar por esos servicios. Las personas que acudían a ella voluntariamente le dejaban dinero debajo de unos velones que ella siempre mantenía encendidos. Además de su función como espiritista fue comadrona. Trajo al mundo muchos niños entre estos dos nietos. Su hija en estado de embarazo, le comenzaron las contracciones y doña Aida inmediatamente la atendió. Le dio instrucciones de que se acostara y doña Aida colocó sus rodillas en su vientre y cuando su hija tenía los dolores fuertes, ella le hacía presión hasta lograr el alumbramiento de sus nietos.

Alega doña Aida que el espiritismo no irradió miedo en ella y tampoco la criticaban. El que la necesitaba la buscaba y el que no, se hacía de la vista larga.

Doña Aida vivió la Revolución Nacionalista en Jayuya el 30 de octubre del 1950. Fue una experiencia que nunca ha olvidado. Los nacionalistas se metieron en su hogar y querían quemarle la casa. Inmediatamente llegó el policía Virgilio Camacho e impidió que cometieran esa locura y le salvó a su hija. Además ella vendía pitorro y el Sr. Camacho lo tapó con una sábana. Don Virgilio Camacho fue su ángel. Tan pronto este policía salió de su casa se reportó al cuartel donde trabajaba y allí lo mataron los nacionalistas.

Actualmente doña Aida tiene 81 años de edad. A los 56 años dejó de practicar el espiritismo y asiste a la Iglesia Evangélica en Jayuya. No se lamenta de haber dejado el espiritismo y le da gracias a Dios que ninguno de sus hijos le llamó la atención el espiritismo.

De pesca en el lago Caonillas



Nació el 6 de enero de 1932, en el barrio Caonillas Arriba del pueblo de Utuado, Puerto Rico. Estudió en la escuela La Deseada de dicho barrio hasta el sexto grado. Hizo su primera comunión en la iglesia Monte Carmelo que se encuentra en las profundas aguas del Lago Caonillas. Actualmente vive en el barrio Las Palmas de Utuado, junto a su esposo, Toño Santiago; juntos procrearon seis hijos.

María es una mujer emprendedora y luchadora, admirada por el barrio. Trabajó en la finca de su propiedad en la que sembró tabaco, café, frijoles y maíz. Para los años '60, trabajó recogiendo café. En el trabajo del tabaco ella ayudaba a hacer semillero y luego que la semilla germinaba lo transplantaban a la tala. Cuando el tabaco estaba listo, ella lo cogía, lo cosía y lo amarraba en las varas de andamio en andamio. Luego lo cortaba y lo ponía a secar con todo y paslote, le quitaban las hojas y organizaban en manillas. Finalizado este proceso lo llevaba a vender al Banco Tabacalero en Utuado. El precio dependía de la calidad del tabaco. El manojo lo pagaban a \$ 35.00 el quintal, la tripa a \$18.00 el quintal y el boliche a \$ 12.00 el quintal. Para que el tabaco diera buen cosecho le quitaba los gusanos y la docena de gusanos la pagaban a un centavo.

María ha vivido toda su vida cerca del Lago Caonillas que fue construido en el año 1945 con el propósito de generar electricidad para los barrios aledaños. Su pasatiempo favorito es la pesca. Todos los días y casi siempre en las tardes, sale a pescar. Utiliza culebras de tierra y culebras artificiales. Los días predilectos para ir de pesca es cuando está nublado, porque los ríos y quebradas están alborotados y los peces están por esos lugares buscando alimento. Los peces que ella pesca son para su propio consumo. En el lago se pesca lovina, chopa amarilla del país, barbudos y buruquenas. Ella alega que en sus tiempos su carro era el bote, porque ese era el medio de transportación de su familia y de sus vecinos. Cuando sus hijos estaban

en la escuela ella los transportaba por la mañana hasta el negocio, La Tinaja y los recogía por la tarde.

Mientras pesca, María da rienda suelta a sus recuerdos y cuenta que para el ciclón Santa Clara se perdieron muchas cosechas. Ella pasó el ciclón en una barraca de madera y techada en zinc. El gobierno daba unos vales como el mantengo. En ese papel se establecía la cantidad de alimentos que podía adquirir y en la tienda que los tenía que adquirir. Daban arroz, queso, carne de pote, habichuelas, ciruelas y leche en polvo, entre otras cosas. En aquél entonces, el precio de la leche era de cinco centavos el litro.

En la finca de su propiedad no tenían arrimados pero tenían obreros que le pagaban a .30 centavos el día de trabajo, luego fue aumentando a .40 centavos el día y finalmente .75 centavos.

De acuerdo con María, las enfermedades para aquel tiempo eran varicelas, tosferina, fiebre amarilla y lombrices. Para curar estas enfermedades se utilizaban baños de Santa María, carreaquillo y limón. Si se “desconcertaban” un brazo o un tobillo preparaba ceniza, orina del niño más pequeño del hogar y le amarraban con un pedazo de tela el lugar afectado. Cuando una persona moría aserraban la madera y luego la forraban con un pedazo de tela color negra. Para llevarlo al cementerio cortaban unas cañas de bambú, luego amarraban la caja sobre ellas y un grupo de personas lo cargaban hasta el cementerio de Utuado. Las coronas para los muertos eran de flores del vecindario. A los enfermos los cargaban en hamacas hasta el hospital del pueblo de Utuado.

Para las navidades hacían los rosarios cantados a la Virgen y luego de las doce de la noche terminaban bailando. Al tocadiscos le decían vitrola. Era una máquina que la prendían dándole muchas vueltas a una manigueta. Los vestidos de las mujeres llevaban can-can y los hombres usaban unos sombreros que les decían “sombros de Italia” de color blanco y negro.

Las visitas de los novios eran por el día y solamente los domingos. El padre de la novia siempre estaba cerca de ellos. La educación de los padres era bien estricta. En las bodas, las parejas tenían que ir a pie hasta la iglesia. Cuando la

mujer paría estaba una comadrona con ella y le preparaba plátano asado y cola de bacalao para que produjera leche para el sustento de su bebé.

Absorta quedé escuchando los relatos de María. El tiempo transcurrió rápidamente. Me despedí no sin antes agradecerle por haberme permitido entrevistarla. Sus recuerdos le dieron vida a mis conocimientos de la historia de Puerto Rico y del Utuado de mediados de siglo.

Forjadora de Nuestra Cultura

Las artesanías de Puerto Rico son producto de la fusión racial, étnica y cultural de la isla, desde su colonización en el siglo 16. De esta mezcla de tradiciones nacieron numerosas expresiones tales como imágenes populares, instrumentos musicales, máscaras, mundillos, cestería, vasijas de barro, hamacas tejidas, utensilios domésticos, artesanías de papel, dulces tradicionales, virutas de madera, juguetes tradicionales, artesanías de aneas tejidas, esculturas de animales y joyas de semillas igualmente cerámicas, representaciones teatrales, metales, artesanías de cristal y cuero, barcos y fachadas de edificios en miniatura, figuras de Vejigantes, esculturas de piedra, artesanías marinas y piro grafías (diseños sobre madera o cuero, hechos con una punta hecha ascua o con una llama fina.

Existe la idea errónea que la mujer que se dedica a cultivar la artesanía, es una mujer que no tiene suficientes capacidades intelectuales para estudiar una carrera y luego ejercerla. Continuamente en todo Puerto Rico se celebran ferias artesanales donde la mayoría de las mesas exhibiendo collares, sandalias, trajes, blusas, etc. están compuestas por mujeres. La mayoría de las personas que acuden a estas ferias o festivales desfilan mesa por mesa observando a estas mujeres como si fueran en muchos casos seres raros, donde se pudiera decir que admiran sus trabajos, no sin pensar que son unas pobres mujeres castigadas por la ignorancia intelectual y aprisionadas en el bordado y en la confección de materiales artesanales.

La artesana que me honró con una entrevista fue Gloria C. López, quien nació el 9 de octubre de 1961 en el barrio Abra Honda en Camuy. Es graduada de bachillerato en pintura y artes gráficas de la Universidad Interamericana. Estudió también tres años en Chicago y en sus horas libres mientras no estudiaba se iba vender y a preparar sus artesanías. Su primera talla fue un nacimiento que todavía atesora en su casa. Imaginativa, meticulosa en su estilo, plasma el sentimiento religioso en toda su obra. Fue ganadora del premio en Adelphía cable TV con la talla articulada del niño Dios. Presentó su primera exposición “Entre Nichos”, Altares y

algo más. Es una gran talladora en madera e higüera. Hace restauraciones de muebles viejos, mesas, sillas, marcos de cuadros y repisas.

En el caso de Gloria, su arte no pasó de generación a generación ya que ella es la única de la casa que brega en artesanía. Estas artesanías todas son hechas a mano. Hace reyes, vírgenes y nacimientos de diferentes tamaños. Participó junto a otros 21 talladores reconocidos a nivel isla haciendo un nacimiento colectivo. Gloria fue la única mujer que se atrevió a aceptar el reto. Tenía que hacer los moldes de 3 pies de alto como el tamaño de una persona y a ella le tocó hacer un buey de 32" x 24". Otro de los trabajos que realizó fue junto a un grupo de talladoras mujeres. Cada mujer talló un santo para otro un nacimiento colectivo. El nacimiento se subastó y el dinero fue donado a la casa Protegida Julia de Burgos. Esto fue en la Semana de la Mujer hace 2 años aproximadamente. Desde ese momento ella empezó haciendo muchas exposiciones en diferentes sitios. Su obra estuvo en exhibición en la biblioteca de la Universidad del Turabo en Caguas.

Gloria fue homenajeada en 1996 como una de las mejores talladoras de la isla. Además de las tallas, hace máscaras, entre otras artesanías.



Esta talladora camuyana forjadora de nuestra cultura es digna de admiración y respeto.

De paso por los comedores escolares



Paula Pérez Soler se crió durante la época de la Segunda Guerra Mundial y el gobierno de Luis Muñoz Marín. En estos días se vivía de la siembra de la caña de azúcar y de la costura en casa. Había una pobreza extrema. Nació el 1936 en el barrio Planas de Isabela por una comadrona llamada Maria Muñiz. Sus padres fueron Manuel Pérez y su madre Francisca Soler. Tuvo diez hermanos seis mujeres y cuatro varones, dos de ellos murieron cuando eran pequeños por enfermedades. Ella se crió en plena pobreza, las casas eran de un cartón fuerte de color verde, madera y tabla de palmas que cortaban y picaban por la mitad. Hacían unas barracas para pasar las tormentas. La comida consistía de verduras. Cuando no había guerra se comía arroz sin carne, sólo los domingos mataban una gallina para comer carne. Tenían una pequeña finca donde sembraban diferentes tipos de verduras y también existía el trueque y cambiaban comida con las demás personas. La gente trabajaba en la siembra de caña del mismo barrio y en la siembra de frutos menores que luego vendían. En el barrio vivía mucha gente y había más de cinco negocios. Los caminos eran en tierra ya que no había brea para esa época. El transporte era en caballo y su papá iba a caballo a comprar. Cuando se casó ya había transporte público, tres carros públicos en la comunidad. Vestía con traje, se hacía dos de salir y dos del diario. Cuando se le quedaba la ropa se pasaba a otra de sus hermanas que le sirviera. Tenía seis años y medio cuando pusieron los comedores en la escuela. Se dividieron los grupos por la mañana y por la tarde. Daban arroz, habichuela, jamonilla, salchicha y leche. Los maestros eran muy estrictos. Cumplían con los requisitos de un grado asociado de estudio. Cuando llegaba de la escuela tenía que coser guantes de tela para ayudar en la casa. Le daba el dinero a su mamá para las cosas que hubiera que comprar. Jugaba brincando cuica y varita caliente.

Paula se casó a los dieciséis años de edad con Rafael Rodríguez y para ese entonces ya sabía hacer de todo en la casa. Su papá le regaló una casita. Cocinaban con leña. Tuvieron tres hijas Luz, Sueth y Marilyn y se mudaron a una casa más grande. Para este entonces ya las niñas no tenían que coser cuando llegaban de la escuela y estaban en la escuela todo el día.

Trabajó treinta y dos años en los comedores escolares. Comenzó a trabajar cuando tenía treinta años. En los comedores no había estufa ni agua potable cargaban el agua de los pozos. Era fuerte trabajar sin equipo y eran muchos niños. Antes de trabajar en los comedores escolares trabajó en un centro de desayuno dándoles comida a los niños que no estaban en la escuela todavía, pero, esto duró sólo cuatro años. Se mudó a Mayagüez por dos años y luego a Camuy por tres más. El resto ha vivido en el barrio Planas de Isabela. Hoy día es viuda y tiene seis hermosos nietos y un bisnieto. Asiste a la iglesia católica a la cual ha ido desde pequeña y canta en el coro y ayuda en el kiosco.

Alentando un sueño



Durante los años del 1929 y 1940 ocurrió la crisis económica más profunda de nuestra historia. Fue una época de angustia, incertidumbre y desasosiego no tan sólo por las condiciones de vida ya prevalecientes, sino también por el colapso repentino de la economía capitalista mundial llamada la Gran Depresión. Esta es la época que le tocó vivir a mi entrevistada.

Basilisa Lafontaine Ramos; “Doña Chila”, como cariñosamente se le conoce; nació el 7 de enero de 1920, en el barrio Caonillas de Utuado. Su padre, José María Lafontaine, era comisario de barrio y agricultor. Caballero de carácter fuerte se casó con Celestina Román y procrearon nueve hijos. Basilisa estudió en una escuela de madera y con letrina en el barrio de Paso Palmas. Le enseñaban español, aritmética, inglés e higiene personal. En ésta última los niños tenían que revisar la cabeza a las niñas y viceversa y aquel que tuviera piojos lo llevaban al río y le lavaban la cabeza. También le hacían jurar la bandera de los Estados Unidos, cosa que no entendía.

A la edad de 8 años quedó huérfana de madre, lo que la obligó a abandonar sus estudios en el tercer grado para trabajar. Entre las tareas que realizaban estaba lavar, cocinar, planchar, cuidar a sus hermanas más pequeñas ya que sus hermanas mayores trabajaban en la finca. Doña Chila prácticamente ha trabajado toda su vida. Mujer con un gran sentido de responsabilidad y de un carácter riguroso.

Cuando llegó a la juventud contrajo nupcias con Francisco Marín Vázquez. La boda fue en la iglesia del pueblo en Utuado, los casó el Padre Juan y fue una ceremonia sencilla y con sólo los familiares como invitados. Luego pasaron a casa de los padres de Doña Chila donde les tenían un almuerzo. Ellos procrearon 10 hijos. Se mudaron al barrio Paso Palmas, a una casita pobre que le había heredado el papá.

Doña Chila era quien llevaba las riendas del hogar. Ella, junto con su esposo salían a trabajar en las fincas adyacentes tanto en el tabaco como en el recogido del café. El trabajo era bien arduo y le pagaban tres dólares al día.

Al percatarse que había que buscar otra manera de mejorar su situación económica comenzó a trabajar en la industria de la aguja. Trabajó en la casa de Sefa Medina donde había un taller y se hacían guantes y pañuelos. Luego pasó a trabajar al taller de Don Jaime Ríos donde hacían pañuelos. Sólo le pagaban \$2:00 por docena y le quitaban 8 centavos para pagar el seguro social. Se llevaba tarea para su casa donde su esposo e hijos le ayudaban. Todos trabajaban hasta las 10 de la noche. De esta manera pudieron prosperar y adquirieron una finca, donde sembraban tabaco y café con la ayuda de sus hijos y obreros. Doña Basilisa pasó a ser la prácticamente la capataz de la finca. Ella era quien ayudaba y supervisaba todo: la siembra, el despallillando, el clasificado, la limpieza y preparación de la hoja de tabaco. De igual manera ocurría con el café. También realizaba todas las tareas de casa. Doña Chila almidonaba hasta la ropa para trabajar en la finca. Aunque era fuerte con sus hijos, ellos la describen como una madre excelente.

Cuando ella iba a vender el tabaco a la Cooperativa Cosecheros de Tabaco, en el pueblo de Utuado, Doña Chila estaba pendiente al más mínimo detalle. Los que la recuerdan dijeron que “era una mujer con los pantalones bien puesto y hacía valer sus derechos”.

A esta mujer le fascinaba la política. Asistía a los mítines de los diferentes partidos políticos aunque militaba en el Partido Popular Democrático. Conoció a Luis Muñoz Marín, a su esposa Doña Inés y a Luis A. Ferré. Para ella Luis Muñoz Marín fue quien cambió la situación económica del país.

Actualmente, continúa residiendo en el barrio Paso Palmas con uno de sus hijos ya que su esposo murió hace 16 años. Sólo una hija de sus hijas estudió hasta la Universidad y es enfermera, los demás hijos se salieron de octavo y noveno grado para trabajar. Actualmente algunos de sus hijos poseen fincas y trabajan en la agricultura.

Remendando la crisis

Herminia Acosta Rivera nació en el barrio Mirasol de Lares el 15 de abril de 1904. Sus padres fueron Tomás Acosta Molina y su madre Anita Rivera. Su padre era descendiente de esclavos. Doña Herminia comenzó a coser a la edad de 6 años. Aprendió por sí misma, pues tenía que ayudar a su madre para poder ganar algún dinero ya que las condiciones económicas eran precarias en Puerto Rico. Para la década de 1900 al 1930, Puerto Rico sufrió una crisis económica devastadora, el trabajo escaseaba y no se encontraba donde ganarse el pan de cada día. Estados Unidos continuó con el desarrollo capitalista agrario y la americanización del país, sin tomar en consideración la pobreza que continuaba.

Durante esta época surgieron las nuevas empresas de tejido. Dicha industria se caracterizó por sus formas más peculiares de empleo y trabajo. La mayoría de los obreros eran mujeres que hacían las labores de costura; bordaban o tejían en sus propias casas. Estos trabajos no aliviaron la pobreza, pero le dio la esperanza de un mañana mejor.

Herminia creaba estas eran realizadas a mano ya que no tenía máquinas de coser. Confeccionaba guantes de tela blanca que era para la fábrica Bazar de Yauco y le pagaban a un centavo por un par de guantes, le daban muestras para que los realizara. Realizaba los mismos a mano y



Realizaba varias manualidades. le llamaba “trutru” que era sacar un hilo de la tela en los bordes del traje y los bordaba con un hilo de seda blanca para realizarle flores al relieve. Estos trajes eran preparados para las personas adineradas de los pueblos de Lares, Moca, Arecibo y otras personas que tenían familiares en San Juan. También realizaba pañuelos que utilizaba la misma técnica del traje de novia, tejía mantillas de color negro y crema para usar en las iglesias o para entierros. Tejía, bordaba y cosía frisas para bebés por pedidos, casi siempre para personas adineradas.

Con el pasar del tiempo se diversificó y comenzó a crear ropa interior de hombres. Cosía calzoncillos que le llamaban “Blumes”, eran de patas hasta las rodillas y llevaban botones al frente. Trabajaba ropones finos que eran enviados luego a la fábrica Bazar de Arecibo y luego a Estados Unidos. Por estos ropones le pagaban a 35 centavos por pieza.

Doña Herminia estudió hasta cuarto grado en el barrio Mirasol de Lares en la Hacienda la Sabana. Era una escuela donde se enseñaba desde primero hasta cuarto grado. El maestro venía del pueblo de Lares los lunes y se iba los viernes ya que el dueño de la hacienda, Don Rafael Oliver, le brindaba hospedaje.

Su vida no fue fácil. Tenía 14 años cuando vivió el terremoto de 1918. En este tiempo la tierra estuvo temblando alrededor de 40 días y en su casa tenían que amarrar las ollas para que no se perdiera el poco alimento que tenían. La familia se componía de ocho hermanos, seis mujeres y dos varones y uno de ellos murió de difteria a la edad de 17 años.

Con el pasar del tiempo contrajo matrimonio con el español Alfredo Velasco. En el 1936, a la edad de 31 años, votó por el Partido Liberal. Durante toda su vida ejerció el derecho al voto. Quedó viuda a la edad de 32 años y nunca se volvió a casar. Dedicó su vida a cuidar sus hijos. Cuando estos crecieron fueron enviados a la ciudad con familiares de su esposo que estaban económicamente bien. En el 1950, padeció de cáncer y 5 años más tarde fue dada de alta.

Doña Herminia continuó realizando manualidades ya no para vender sino para sus nietos, bisnietos y tuvo el honor de conocer a su cuarta generación, una tataranieta. Estuvo realizando punto de cruz y costura hasta sus 75 años, luego fue perdiendo su visión por problemas de cataratas. Murió el 21 de junio de 2004 a la edad de 100 años.

Una partera experimentada

En un artículo que apareció bajo el título: El arte de ayudar a parir y las comadronas en que a largo de la historia, el arte de ayudar a parir ha estado relacionado con la mujer, bien sea como partera experimentada o como comadrona. Este oficio nació con la primera mujer que no parió sola, sino acompañada por otra mujer en los albores de la comunidad. Y siguió un oficio respetado a través de miles de años de la historia humana. El oficio de la partera ha tenido gran trascendencia en nuestra sociedad. El oficio de partera se ha barajado en torno a ella como: respeto, rechazo y miedo, especialmente se asociaba con la magia y brujería. Las comadronas, al poseer conocimientos sobre hierbas y brebajes los empleaban para aliviar el dolor en el parto, poner remedio a enfermedades propias de la mujer o aconsejar sobre medidas abortivas o anticonceptivas.



Durante la Edad Media, el dolor en el parto fue considerado un justo castigo divino y toda tentativa para remediarlo significaba un gran pecado y algunas comadronas fueron llevadas a la hoguera por aplicar tratamientos para mitigar el dolor de las parturientas. La mentalidad de la época en una sociedad regida por varones, hizo firme la creencia de que la mujer, causante del pecado original, no sólo inducía al pecado de lujuria, muy castigado por la iglesia, sino que algunas de ellas (las comadronas y curanderas) recibían estos conocimientos del maligno.

Al pasar los años, poseer el don del oficio conocido como comadrona era un honor. Poco después ya se pedía el título de partera. Debía tener por lo menos 25 años y haber practicado con una persona antes. El 20 de marzo de 1937 se estableció un nuevo reglamento en muchos países donde se reconocía la labor de las comadronas.

María F. Torres Rivera, nació el 18 de febrero de 1904, actualmente tiene 102 años y se casó en el mes de octubre del año 1936. Fue siempre comadrona y

curandera. Comenzó como asistente a los 10 años, ya que aprendió de su bisabuela que fue comadrona; la cual murió a sus 122 años de edad. Fueron tiempos muy difíciles los que pasó María. Muchas veces ella tenía que ir a pie a realizar sus servicios por los que le pagaban como 50¢. Ella recuerda que usaba el aceite de comer para llevar a cabo los partos. Si el niño venía de pie había que virarlo para que no se afectara, ya que podía sufrir un gran daño. Al final de cada parto, se le daba un poco de pitorro a las mujeres para aliviar el dolor.

Unas de sus anécdotas como comadrona fue cuando atendió un parto y luego de un tiempo el padre del niño muere y ella se lleva la esposa para su casa, la cual también enferma y murió quedándose ella a cargo del niño. Este, hoy día casado con Malen Maldonado les brinda compañía viviendo en los altos de su vivienda sintiéndose muy orgulloso de sus padres.

También recuerda que realizando esta labor nunca murió un niño en sus brazos.

Nos cuenta que ella y su esposo trabajaron por cuarenta años en una vaquería. Una vez fue atacada por un buey, sufriendo heridas en el abdomen y fue llevada a un hospital, donde le cogieron 98 puntos. Pasaron unos días y ella decidió irse del hospital y curarse ella en su casa. Como curandera también curó a un señor que tuvo un accidente y casi le cortan la pierna. Ella le dio tres santiguos y mejoró.

Recomienda que para las heridas de fracturas se debe pasar chocolate y ajo macho, y que la gastritis se cura con un té de ruda. A los niños que tienen problemas al hablar se le debe dejar probar la comida de la olla y esto los ayudará.

Ella recuerda que para esa época los costos de los alimentos eran bien diferentes a los de ahora. El arroz y el pan se podían comprar con 5¢, las verduras con 2¢, 1¢ por huevos, 10¢ la libra de carne, y los fósforos, 2 cajas por 20¢. El café se pagaba a 10¢ por 5 almudes.

La ropa se lavaba con agua y ceniza. El agua se tenía que buscar al río y llevarla a las casas. Solamente las personas más pudientes tenían un pozo y de ahí sacaban agua.

El servicio de luz no existía. Para alumbrar se usaba una planta llamada tabonuco que se prendía y se echaba dentro de un envase de metal o cristal. Se

planchaba en el piso y a la plancha se la pasaba esperma. La comida se hacía al fogón con piedras. Las casas eran de yagrumo y tablas. Los platos eran hechos de tigüero.

Ella no tuvo el privilegio de educarse y aprendió a escribir sola con una hoja de papel y una espina del árbol de china para darle forma a las letras.

También en este tiempo, fueron azotados por el huracán San Felipe que destruyó como 60 casas en su barrio y se vio muy afectada la agricultura. Recuerda como uno de los mejores gobernadores a Luis Muñoz Marín, el cual ayudó a todas las personas y levantó la economía.

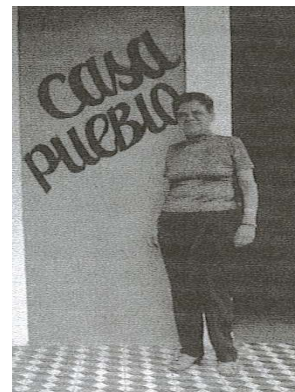
Tuvo la experiencia de trabajar en la industria de la aguja, aunque no fue por mucho tiempo. El dueño de la industria llamado Don Abraham Irizarry le pagaba 10¢ por cada bata y si no terminaba el trabajo tenía que quedarse hasta finalizar. En este tiempo lo que ganaban trabajando era muy poco y muchas veces se tenía que obtener el dinero para ir a pagar en las tiendas lo que se había cogido “fiao”.

Recuerda que las mujeres eran marginadas y no tenían ningún derecho, como el del voto. Tanto fue así, que ella salió a votar por primera vez en el 1952. Hasta tuvo un problema, porque una vez le cambiaron el nombre y la edad, ya que se quemaron los documentos en el derecho civil. Para que le devolvieran su nombre y edad correcta, sin ella tener culpa; tuvo que pagar.

Todo esto demuestra lo luchadoras que llegaron a ser las mujeres en la historia sin ser reconocidas, ya que en esa época solo existía un mundo dirigido por varones.

Amor a la educación y al ambiente

Faustina Deyá Díaz nació en Adjuntas el 18 de diciembre de 1940. Obtuvo un bachillerato de maestra de inglés en Escuela Secundaria. Actualmente es miembro fundadora voluntaria de Casa Pueblo desde hace aproximadamente 26 años. Hace 46 años que está casada con el ingeniero Alexis Massol González y tiene cuatro hijos. Para el 1980 se organizaron con lo de la explotación minera en Puerto Rico. Fue una campaña intensiva durante 15 años hasta que lograron derrotar el proyecto de la minería. Junto a una organización comunitaria tienen un proyecto de cabañas en la Finca Madre Isla y reciben grupos de Michigan que reciben clases a nivel de maestría de tres créditos durante la Semana Santa. Tienen un proyecto con la Escuela Washington Irving hace tres años. Siendo maestra estaba en Casa Pueblo junto a su esposo. Se retiró de maestra al cumplir sus años de servicio y la edad requerida. Después de su jubilación se ha mantenido trabajando en Casa Pueblo en beneficio del pueblo de Adjuntas.



Antes no había ayudas para estudiar y había que esforzarse mucho para lograr ser profesional. Cuando Faustina comenzó a estudiar su interés principal era la educación física, pero, cuando llegó a la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras encontró muchas lesbianas en el Departamento de Educación Física y eso en Adjuntas no se veía. Ella se aterró y cambió de especialidad. Estando en tercer año fue que consiguió un trabajo en la misma universidad y se resolvía con sus cosas. Algo que siempre recuerda fue la práctica de maestra. Todavía guarda el primer cheque que era de \$1.34. Estuvo un semestre completo haciendo la práctica, pero la maestra que tenía le sacó el jugo. Cuando empezó en Educación ganaba \$134.00 a \$200.00 mensuales y como a los dos años de trabajar fue que se comenzó entonces a pagar quincenal. Eso se llevó a votación y se quedó siempre por quincena. Enseñaba cuarto grado y los pupitres eran dobles, tenían una tapa que se levantaba y allí se guardaban los libros. Llegó a tener 60 estudiantes por grupo y algunos se sentaban en el piso.

En la Coto Laurel en Ponce usaba dos registros de salón hogar. En Adjuntas tuvo grupos de 50 estudiantes en cada salón. El horario era el mismo, pero con matrícula alterna “interlocking”. En otro programa cambiaron las vacaciones para octubre y noviembre, pensando que se iban a resolver los problemas del recogido de café, pero no tuvo éxito.

Ante había más compromiso con la escuela tanto de los padres como de los estudiantes. La escuela ofrecía solamente almuerzo para los más necesitados. Se hacía un estudio de los estudiantes especialmente de los que vivían en el campo. A esos se les daba el almuerzo, pero los demás iban a sus hogares. Antes no había transportación y los padres buscaban la manera de traerlos a la escuela. Para esa época ya había muchas escuelas en los barrios, pero actualmente las han cerrado.

Hubo ocasiones en que los maestros corrían la escuela sin director. La Escuela Superior de Adjuntas estuvo tres años sin director. Los maestros y la secretaria corrían la escuela sin ninguna dificultad porque se trabajaba muy bien. Los materiales y libros los tenía que comprar los maestros. Todo salía del bolsillo de ellos. Cuando Faustina empezó a trabajar, como por tres años consecutivos, el maestro tenía que estar en las escuelas en junio preparando materiales. Lo que había de vacaciones era un mes, no dos meses como ahora. En aquella época, tener una enciclopedia en la casa no era factible. Se pasaba mucho trabajo para poder estudiar, pero se aprendía.

En términos de deportes Faustina jugó volleyball superior en Villa Nevárez y fue parte del primer equipo campeón de Volleyball de Puerto Rico. Estando en la Universidad se jugó por primera vez baloncesto femenino en una cancha profesional. Dentro de un juego de varones de baloncesto superior, ella y sus compañeras jugaron a mitad de cancha y fue prácticamente un escándalo.

Luz Neyda Rivera, una concepción personal de su historia



El pueblo puertorriqueño ha vivido muchos sucesos que han impactado su historia. Además de las condiciones precarias que el pueblo de Puerto Rico venía sumando durante las primeras décadas del siglo xx, el panorama se agudizó en el 1928 tras el paso del huracán San Felipe y el enorme colapso repentino de la economía capitalista mundial, La Gran Depresión. Esta crisis estremeció todos los rincones de la isla y afectó todas las capas de la sociedad.

Durante estos años, en la agudeza intolerable de los problemas sociales y la miseria más absoluta que cebó al pueblo de Puerto Rico, nace hace setenta y ocho años Luz Neyda Rivera Sobá en el pueblo de Adjuntas. Sus primeros años de vida los vivió en este pueblo con su familia que se componía de siete miembros. Eran sus padres, el señor Antonio Rivera, maestro en aquella época, y su madre, la señora Adela Sobá, maestra y obrera de la industria de la aguja, además de sus hermanos. Posteriormente, ésta y su familia, se mudaron para el pueblo de Jayuya, en el cual aún reside.

Durante la vida de esta mujer trabajadora se pueden evidenciar hechos que retumban en la memoria histórica del puertorriqueño. Para el año 1947, mientras ella cursaba estudios universitarios en la Universidad de Puerto Rico, la Compañía de Fomento estaba haciendo una importante reorganización, gracias a la Operación Manos a la Obra, y el Congreso aprobaba la ley del gobernador electo. Cursó dos años de universidad y comenzó a trabajar como maestra en el colegio Robinson de Santurce, donde trabajaba ocho horas, por ciento noventa dólares mensuales. Al recordar Luz Neyda esos años, llegan a su mente las imágenes de la revuelta nacionalista sucedida en Jayuya en el cincuenta, como un evento que nunca podrá olvidar, ya que este momento histórico ocasionó un torbellino de agresión y enfrentamientos. Ella puede recordar la imagen de los aviones bombardeando el

pueblo abandonado y a la guardia nacional. Este fue un momento y un evento que caló muy profundo en su mente y corazón.

En el año 1952, mientras se aprobaba la Constitución del Estado Libre Asociado por abrumadora elección, Luz Neyda comenzó a trabajar como maestra de escuela pública en el pueblo de Jayuya contando con un pago de ciento treinta y cinco dólares mensuales, sin recibir paga por los meses de junio y julio. Se desempeñó como maestra de los grados primarios, dedicándose durante los próximos veinte años a esta profesión. Ella señala que el Departamento de Educación otorgaba un pupitre por cada tres estudiantes, al igual los libros, los cuales se utilizaban sólo en el aula. Las experiencias vividas como maestra en ese tiempo fueron inolvidables para Luz Neyda.

Mientras Luis Muñoz Marín fue gobernador electo para los años del 1948 al 1964 se sintió el crecimiento económico en Puerto Rico. Los maestros como Luz Neyda recibieron un aumento de sueldo y el pago de los meses de junio y julio, siendo para estos un gran paso en su progreso económico. Como muestra de agradecimiento por esto, maestros republicanos como Luz Neyda cambiaron de partido político afiliándose al partido de Luis Muñoz Marín.

Ante su experiencia como maestra esta mujer recuerda con absoluta pasión y amor las vivencias que tuvo, buenas y no tan buenas, con sus alumnos. Más adelante abandonó la profesión de maestra para trabajar en el Departamento de Servicios Sociales por los siguientes catorce años, en los cuales le dedicó más tiempo a sus hijos y a su hogar, lo que no podía hacer cuando era maestra.

Luz Neyda Rivera es una mujer luchadora, trabajadora y sobre todo, feminista. Luchó con un grupo de mujeres por su igualdad en el pueblo de Jayuya. Formó e inició un club que velara por esos derechos llamado: Mujeres, Profesionales y de Negocios. En este club se reunían a discutir asuntos importantes para las mujeres y cuando era necesario marchaban por todo el pueblo para dejarse sentir.

Los conocimientos que tiene esta mujer sobre la industria de la aguja y eventos de la época antes de su nacimiento los recibió de su madre, quien trabajaba en esta industria y le enseñó a deshilar desde pequeña.

Luz Neyda Rivera Sobá nos puede transportar a varias épocas y acontecimientos de su vida que parten de momentos históricos que han marcado y han tejido nuestra identidad puertorriqueña.

Remontando el ayer

Ana Delia Robles Flores, nació el 20 de febrero de 1928. Para ésta época Puerto Rico estaba pasando por una gran crisis. Era una época muy sufrida, ya que no habían las ayudas económicas que existen ahora y mucho menos las ayudas que se requerían para prevenir las enfermedades. No había hospitales, ni vacunas para combatir estas enfermedades que cada día se hacían más frecuentes y normales.

Ana Delia Robles Flores nació y se crió en el pueblo de Juncos en el barrio El Ensanche. Su madre era despalilladora de tabaco, Ana dice “no recuerdo cuanto cobraba mi mamá, pero sé que era muy poco” Su madre muere en el 1936, de 27 años, a causa de tuberculosis. Luego de morir su madre a temprana edad Ana pasa a vivir con su tía, hermana de su papá, quién también trabajaba como despalilladora de tabaco. Este trabajo consistía en “juntar el palillito, los ponían uno encima del otro, hacían muchos y los vendían para hacer cigarros. Se ganaba poco en los trabajos. “Esa era la vida de los pobres”, contó Ana Delia. “Antes con un centavo se compraba un juego de sal y azúcar, con un vellón comprabas un montón de cosas, ahora no se puede, todo es carísimo”.

“Muchas veces mi papá era quién me daba el dinero para hacer los encargos, sino se podía no se comía” Más tarde su tía se enferma de sífilis, enfermedad común de aquellos tiempos, y se la quitan para evitar contagio de la enfermedad.

A los 12 años se va a vivir con su padre quién tenía 12 hijos de su segunda esposa. Su padre practicaba el espiritismo. Ahí fue cuando ella se comenzó a interesar por el mismo. Su padre hacía veladas, sonaba el agua y a ella siempre le gustó. Ella sólo leía el evangelio, aunque se crió observando junto a su papá, y no cobraba por sus servicios como espiritista. “A mi siempre me ha gustado ayudar a otras personas, a mí me gusta el espiritismo para hacer el bien, el espiritismo bueno. Por eso no me da miedo”

Su casa era de yagua, techado de paja y el piso era de palmas. Se alumbraban con faroles y lámparas de gas que hacía su papá. Cocinaban con leña y se bañaban en el río, quebradas o en la lluvia. “Las necesidades se hacían en el monte, antes no habían baños y hacíamos un circulito en la tierra donde hacíamos

las necesidades y después las enterrábamos. Después hicieron las letrinas. Por la noche para no salir a la letrina usaba escupidera, porque me daba miedo ir al baño. Me limpiaba con papel de periódicos, sí había, sino con hojas de cadillo”.

Su papá dividía la casita en cuartitos para las mujeres y los hombres. Se dormía en hamacas, en catres (eran de madera, con una tela blanca por encima que la pegaban con harina de trigo), o de lo contrario dormían en el piso.

Las enfermedades más comunes de aquel tiempo lo eran el sarampión, las varicelas, la *falfallota* (paperas) que era cuando se le hinchaba la garganta, y se curaba con la cáscara de yagua, la quemaban y quedaba como una pomada que se la ponían en la garganta, malaria, sífilis y la anemia. “Recuerdo que cuando nena a mi me dio malaria porque un mosquito me picó, me puse amarillita, amarillita”.

Cuando joven también hizo de ayudante de comadrona “ayude a una mujer a dar a luz a unas gemelas” La comadrona era una mujer que le enseñaban en los hospitales a llevar a cabo un parto. La placenta la enterraban en la tierra.

“La educación era más estricta, los maestros aprovechaban más el tiempo”, así comenzó Ana el tema de la educación. En las escuelas había uniformes, aunque estuvo mucho tiempo sin utilizar zapatos por las necesidades económicas del hogar. Iba descalza a la escuela, pero cuando el director vio que estaba descalza la llamó y le consiguió zapatos. A causa de esto le dio anemia. “Muchos iban descalzos a la escuela”. “Antes la educación era mejor que ahora, los maestros eran más dedicados a sus trabajos, eran fuertes con los estudiantes para que aprendieran”. Cursó hasta séptimo grado y no finalizó. Ana me contó en forma de anécdota “Un día no fui a la escuela por irme a comer jobs y me dieron una clase de pela que jamás volví a faltar. Nunca se me olvidó”.

La transportación eran carros públicos o las famosas pisa y corre. El pasaje en el carro público era de 5 a 10 centavos. A todas partes iban a pie. “El mundo era más sano, no había tanta malicia”

Al pasar el tiempo Ana conoce al que es hoy día su esposo. Se casaron y se mudaron a Vega Alta. Su esposo no quería que ella trabajara, aunque ella lo hacía por su cuenta. Trabajó de ama de llaves cuidando envejecientes y en el Hotel San

Juan de camarera. Se dedicó a criar a sus hijos en su casa, mientras que su esposo le daba todo.

Actualmente Ana Delia Robles Flores tiene 78 años de edad. A pesar de la niñez y juventud tan difícil que le tocó vivir, Ana Delia pudo salir hacia delante y formar su familia con la ayuda de su esposo. Siempre dejando saber lo dura que fue su vida. Ana Delia fue una mujer que aunque su vida fue difícil esto no le impidió que lograra luchar por la vida y su familia.

Haciendo carbón y cosiendo ayudé a construir mi casita

Liduvina Quiles Ramos, nació en el Barrio Buenos Aires, Sector la Matilde de Lares, el 14 de abril de 1927. Tiene 79 años de edad. Sus padres fueron el señor Juan Inés Quiles y la señora Petronila Ramos. Cursó únicamente el primer grado en la escuela Virgilio Acevedo de Lares, debido a la situación económica que le tocó vivir. A los 17 años contrajo matrimonio con el Sr. Florencio Alicea, con el que tuvo 6 hijos, María, Aida, Enrique, María Oliva, Leonardo y Alex. Por falta de hospitales todos sus partos fueron atendidos en el hogar por una comadrona. Toda esta familia vivía en una casa construida de paja de caña y de yagua. Al sexto día de su tercer parto un viento le llevó el techo de su hogar. Ella utilizaba una petaca preparada de yagua, para lavar la ropa en la casa en tiempo lluvioso y para el tiempo seco iba al río desde temprano y llegaba al anochecer. Para ayudar a su esposo en el mantenimiento de la casa y en la crianza de sus hijos ella trabajaba haciendo carbón. Ella limpiaba un área amplia, cortaba la leña, la reunía en forma de pirámide y le dejaba un hueco por donde se introducía una vara con uno de los extremos cubiertos por un pedazo de tela para encender la carbonera. Tenía que revisarla diariamente y a la semana ya el carbón estaba listo. El costo de una bolsa de carbón era de 12 centavos. Su esposo trabajaba en una finca cortando caña a una hora de distancia de su residencia. Liduvina y se levantaba a las 6 a.m. Su despertador era una rana que comenzaba a cantar hasta que se explotaba. Preparaba el desayuno para su esposo e hijos y a las 12 del medio día, ella tenía que llevarle el almuerzo a su esposo al trabajo. Él ganaba en la caña 25 centavos la hora. Luego de llevar el almuerzo regresaba a su hogar para seguir su tarea en la industria de la aguja. Cosía trajes para sus tres hijas y para la venta. El costo de estos trajes era de 50 centavos. Con los ingresos del carbón, del trabajo de su esposo en la caña y la costura, este matrimonio construyó un hogar mejor. En esta nueva residencia construyeron una caja de agua bajo la tierra. La cubrían con un panel que se



levantaba para que pudieran sacar el agua. La casa también contaba con un fogón que fue hecho en una barranca de tierra. Tenía dos huecos donde se colocaba la hoya y en el otro hueco se colocaba la leña. En ese tiempo su esposo comenzó a trabajar en el pueblo de Carolina en una fábrica de trofeos, este trabajaba toda la semana fuera y regresaba los fines de semana cuando conseguía alguien que lo llevara a su hogar. Mientras tanto Liduvina se hacía cargo de la crianza de los hijos y de las tareas de la casa.

Actualmente está viuda y reside en el mismo lugar donde nació. Ha sido además reconocida en varias ocasiones como madre ejemplar. En una ocasión por la Liga Atlética Policiaca del área de Arecibo y en el municipio de Lares. Liduvina participó también en el programa Desde mi Pueblo en el segmento “Como Mami nadie cocina”.

Dios y Patria

Actualmente nuestra sociedad conoce muy poco sobre las personas que de alguna manera han sido participes o precursores de acontecimientos que han transformado nuestra historia. Como lo es el caso de las revueltas ocurridas en Puerto Rico entre 1933 y 1950.

Para este tiempo Luis Muñoz Marín perseguía los ideales del ELA, un gobierno propio bajo el mandato de los Estados Unidos, alejándose de las bases de la independencia. Tanto independentistas como nacionalistas, entre algunos otros, se opusieron a la ley 600 y a la Asamblea Constituyente que sería celebrada en 1950.

Entre estos nacionalistas dirigidos por el abogado Don Pedro Albizu Campos se encontraba una mujer jayuyana libre pensadora, trabajadora social y que colaboraba como enfermera de los cadetes de la república. Una mujer de la cual poco conocemos los puertorriqueños y que sin embargo se caracterizó por su valentía y el lema que siempre proclamó: Dios y Patria.



Blanca Angélica Canales Torresola nació en el Barrio Coabey, de Jayuya (entonces jurisdicción de Utuado) el 19 de febrero de 1906. Fue la cuarta hija del segundo matrimonio de Rosario Canales, primer alcalde de Jayuya y de Consuelo Torresola.

La familia Canales era una familia acomodada y cuenta doña María Marín, quien trabajó en la cocina de la casa y tuvo una relación muy estrecha con esta familia, que la casa Canales era mucho más grande de lo que hoy es su actual réplica. Comenta que la parte frontal la casa tenía cuatro puertas, las dos puertas del centro eran para la entrada a la casa. Dice ella que en el patio trasero la casa tenía un árbol de china y entre el árbol había una mata de rosas rojas que cuando florecía se quedaba con todo el árbol. Blanca fue su madrina de bodas, antes de que según doña María, se involucrara en la política. De Río Piedras, vino con ese pensamiento.

Blanca cursó sus primeros ocho años de estudios en su pueblo. Luego estudió en la escuela Superior de Ponce (la Ponce High) en cuya escuela se graduó en 1912. Más adelante ingresa a la universidad y en 1930 se gradúa de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, con un bachillerato en Artes Liberales. “Mientras estudiaba en Río Piedras”, cuenta doña María, “Blanca viajaba a la casa en los veranos”.

Durante la investigación sólo ella de entre las personas con las que hablé tuvo contacto con Blanca. Doña María me comentó que “Blanca cuando venía prácticamente no salía de su casa. Era una mujer muy culta y religiosa”.

En el libro Coabey, valle heroico del nacionalista jayuyano, partícipe de la revuelta y hermano de doña María, menciona que Blanca hospedó durante tres meses en su hogar a Don Pedro Albizu Campos, junto con su esposa y su hija Rosita. Fue en la universidad que Blanca conoció a don Pedro y posteriormente lo vio como el líder a seguir.

Para 1950 Blanca vivía sola en la casa Canales y el sótano de su hogar fue el punto clave de reunión de los cadetes de la República. Allí practicaban ejercicios y maniobras los nacionalistas.

El 30 de octubre de ese mismo año a las 12 del medio día, Blanca desplegando la bandera puertorriqueña los juramentó a dar la vida, por la libertad de su patria y bloquearon la carretera que iba hacia el pueblo. Comenta doña María Marín que el conductor de la guagua de pasajeros le apuntaron con dos pistolas y le quitaron la guagua para dirigirse todos ellos al pueblo. Por otra parte, Aura Pierluisi, maestra para aquel tiempo en la escuela de Coabey, comentó que nadie sabía nada del movimiento hasta que vieron a los padres subir a la escuela para recoger a los niños luego del recreo, porque los nacionalistas estaban quemando el pueblo.

De los acontecimientos ocurridos todos recuerdan el fuego, ver desde las montañas jayuyanas como se incendiaba el pueblo de Jayuya. Por ejemplo María Ruiz quien vivía en el barrio Porto Plata observó desde su hogar dicho acontecimiento. Ella mencionó que por los montes corrían las personas desesperadas buscando refugio, a su hogar fue la guardia nacional buscando nacionalistas y recuerda ella que su madre les dijo: “Aquí no hay nacionalistas, lo

que hay es gente herida por su culpa”. Tanto ella como otras personas recuerdan los helicópteros de la guardia nacional pasar bien bajito por todo Jayuya buscando nacionalistas y todos concuerdan que ocasionaron más daños ellos, que los propios nacionalistas. Al igual que doña María Ruiz, otros recuerdan como la guardia nacional entraba a los hogares, como Juan por su casa, buscando nacionalistas. Esto ocasionó mucho miedo entre los jayuyanos, de hecho, mencionó Aura Pierluisi, quien nunca tuvo contacto con Blanca Canales, al igual que la inmensa mayoría por ser ella una persona de una clase más alta, “que la escuela estuvo cerrada varios días y los padres no enviaban a los niños a la escuela.”

Blanca Canales fue la única mujer que junto con un grupo de nacionalistas entre ellos Elio Torresola, primo de Blanca y hermano de Grisergio Torresola que participó en el ataque a la casa Blair, Eduardo Marín, hermano de María Marín, y Carlos Irizarry, entre otros, tomaron el pueblo de Jayuya y durante 24 horas mantuvieron en jaque a las autoridades federales.

Mientras se quemaba el correo y la oficina de Servicio Colectivo, Blanca Angélica Canales Torresola desde los altos del “Riverside Hotel” desplegó la bandera de Puerto Rico y proclamó a viva voz, por segunda ocasión la República de Puerto Rico, luego de que en Lares también se hubiera proclamado dicha República. La diferencia es que, por así decirlo, Jayuya fue libre durante 24 horas. Aunque a esto no le atribuyo gran mérito luego del sufrimiento de los compueblanos jayuyanos, reconozco que esta mujer bajo sus ideales estaba segura de si misma y no dudo de su valentía.

Luego de la revolución fue condenada a 160 años de prisión, sin embargo solo cumplió 17 años, tras ser indultada por el entonces gobernador Sánchez Vilella. Blanca no regresó a su natal Jayuya porque para este entonces ya habían destruido lo que quedaba de su hogar, sin embargo tuvo la oportunidad de ser partícipe de la inauguración del museo Casa Canales, una réplica de su hogar un año antes de su muerte el 25 de julio de 1996. Blanca participó activamente en el Movimiento Nacionalista Puertorriqueño hasta su muerte.

La educación del ayer



La educación para muchos de los puertorriqueños siempre ha sido preocupante. La situación de la pobreza extrema era un obstáculo para enviar a los niños a la escuela, ya que ésta podría ser un lujo para algunos. Muchos de estos niños tenían que trabajar para ayudar a sustentar la familia. Eran muy pocos los niños que recibían la educación primaria. Por otro lado escaseaban los maestros y las escuelas. A pesar de todos los obstáculos la educación siguió en desarrollo gracias a los diferentes movimientos y personas que lucharon para que hubiera más escuelas y maestros.

María Rosenda Massanette (Doña Chenda), fue una de aquellas maestras que se inició en el magisterio a principios del siglo XX. Nació el 2 de enero de 1909 y Chenda era hija única y su familia la apoyaba en todo. Desde los cuatro años comenzó a recitar y cantar en los diferentes pueblos y lugares públicos en donde se recolectaba dinero para la Cruz Roja. Le gustaba enseñar bailes como el mambo y el tango y ha vivido toda su vida en Utuado.

Estudió su primer grado en la escuela Félix Seijo, desde el cuarto grado a undécimo grado en la escuela Francisco Ramos. Su cuarto año lo estudió en la escuela que se encontraba en el lugar que hoy día ocupa la farmacia *Walgreens*. Perteneció a la primera clase graduanda de la escuela superior. En aquel entonces, la matrícula de la escuela superior era de treinta y dos estudiantes de los cuales sólo once se graduaron y Chenda fue una ellos.



En esta lámina se encuentran diez estudiantes de los once que se graduaron del primer grupo de cuarto año de Utuado.

Luego de haberse graduado en el 1925 Chenda va a la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras por tan sólo un verano y se graduó de maestra. Se estrenó como maestra en el año 1926 en una escuela en el barrio de Cayuco. Para ese entonces no había carreteras, lo que había eran caminos de tierra. Para poder dar las clases, tenía que caminar o montar a caballo por lo menos tres kilómetros para llegar a la casa en el campo donde se hospedaba por quince días.

Fue maestra de primero a tercer grado. A los grupos de primer grado y segundo grado le ofrecía clases por las mañanas, de ocho a once y media. Al grupo de tercer grado por las tardes, de una a cuatro. Los niños, luego de que terminaban las clases, se quedaban en la escuela para que Chenda les cantara y les recitara.

Los libros eran en inglés. Los materiales que proveía el Departamento de Instrucción no eran suficientes, motivo por el cual los maestros tenían que comprarlos en algunas ocasiones. El sueldo de Chenda era de sesenta y cinco dólares mensuales y no le pagaban vacaciones como hoy día. Cuando se jubiló, luego de treinta y cuatro años de servicio, le pagaban un sueldo de doscientos diez dólares de pensión.

Se casó joven con un hombre de una familia acomodada de Utuado y tuvo cuatro hijos, dos gemelos (que a los quince días de nacidos murieron), un varón y una niña. La relación con su marido era buena, ella dice que él era su cielo.

Actualmente doña Chenda tiene noventa y siete años de edad. Vive sola en una casa de madera frente al Colegio Católico San Miguel. Durante el día tiene la compañía de una ama de llave que cuida de ella. Sus dos hijos la llaman y la visitan; siempre están pendiente de ella.

La Olímpica Angelita Lind Soliveras, Nuestra Cinisca Puertorriqueña

Angelita Lind Soliveras, nació en el Barrio Marín Bajo de Patillas, el 13 de enero de 1959. Sus padres son Hilda Luz Soliveras y Francisco Lind. Su padre murió cuando tenía 10 años. Angelita siente que su padre “Nunca vio la excelente atleta que ella fue”. Tiene siete hermanos, cinco mujeres y dos varones, ella es la tercera. El parto fue asistido por una comadrona en la casa donde vivían. Ella cuenta que la casa tenía cuatro árboles de flamboyán uno a cada esquina. Tiene recuerdos muy gratos de su niñez. Cursó sus estudios primarios y secundarios en su pueblo natal. En agosto del 1977 ingresó a la Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto de San Germán con una beca atlética, en el Programa de Educación Física y Arte en donde obtuvo su diploma de Bachillerato. Se casó con un ex atleta que conoció en la universidad, José A. Cruz, pero no han procreado hijos.



Su carrera deportiva comenzó cuando tenía como 12 años, porque quería hacer amigos y destacarse. Ella era tímida y pensó que con el deporte podía hacer amigos. La persona que la ayudó en sus primeros pasos en el deporte fue un maestro de educación física que estudió en la Universidad Interamericana, Juan Conde Navarro. El la llevaba a los fogueos y los “field days” cuando estaba en escuela elemental hasta la superior. Tenía, él como meta, llevar a un atleta a la Universidad Interamericana. Todavía no tenía un entrenamiento como tal, sólo corría. No entendía porque luego de correr tenía dolor en los músculos, porque no hacía ningún tipo de ejercicios específicos o repeticiones. Esto entonces hace notar el talento innato de esta corredora que sin ningún tipo de entrenamiento en sus inicios ganaba carreras. Cuando llegó a la universidad la entrenó Freddie Vargas, que fue entrenador también de Peco González. Con Freddie aprendió lo que era hacer ejercicios para entrenar y siempre estuvo con ella, fue como su padre. También tuvo otro entrenador Jaime Vélez que era el que estaba a cargo de la Selección Nacional de Puerto Rico.

Estando en la universidad, participó cuatro años consecutivos en el evento de campo traviesa en las Justas de LAI. Ella recuerda cómo en el último año que participó, salió a toda velocidad, el cansancio la venció faltando 50 metros, cae al suelo y se arrastra hasta llegar a la meta. Como había tenido tanta ventaja pudo llegar y dejó a todos con la boca abierta imponiendo una nueva marca. Todos los eventos en las Justas los ganó.

También participó en los eventos de, 800m, 1,500m, 3,000m, salto largo, relevos 4x100m, 4x400m y 400 metros con vallas implantando nuevas marcas interuniversitarias. El evento 400 metros con valla era nuevo para ella donde el entrenador Freddie Vargas vio que tenía la velocidad entre valla y valla a pesar de que no tenía la técnica. En los entrenamientos cinco días antes, ella se dio cuenta que no tenía una “buena técnica” y que las brincaba cayendo fuera de balance (brincaba las vallas, no las pasaba, como era la técnica). En la competencia corrió velozmente, el público se reía y comentaba que se caería y no llegaría a la meta. Angelita ganó el evento con nueva marca y con mucha ventaja en la pista.

A escondidas de la madre caminaba como una milla y media para coger con camioneros que eran los que llegaban más lejos como hasta Salinas de ahí en delante, de pon en pon, de San Germán a Patillas, arriesgándose para ir a ver a su madre. La mamá no podía darle apoyo porque se ponía bien nerviosa y esto afectaba a Angelita. Su mamá prefería no ir a los eventos.

Los Juegos Centroamericanos Juveniles en Jalapa, México, fueron los primeros donde Angelita participó, obteniendo medalla de oro en los relevos 4x100m y 4x400m. Además de obtener cuarta posición en salto largo (1976). En estos juegos participaron Ileana Hopkins y Lidia González, corredoras muy destacadas de Puerto Rico.

En los Juegos Centroamericanos y del Caribe celebrado en la Habana, Cuba en agosto de 1982, lograr medalla de oro en la prueba de 1,500m y medalla de plata en los 800 metros, en una de las llegadas más cerradas y grandiosas que registra la historia del atletismo en estos clásicos. Antes de llegar se cayeron las tres corredoras. Fue todo un revuelo el decidir quien de las dos corredoras cubanas y

Angelita había llegado primero. Tanto fue la confusión que se llevó el caso a Roma para que tomaran esta decisión quedando Angelita en segundo lugar.

Este evento unió al pueblo puertorriqueño que en un momento dado estaban peleándose entre sí y sobre todo, esto rompió el mito de que la mujer puertorriqueña era inferior a las atletas cubanas.

En comparación con las atletas cubanas que practican a tiempo completo, aquí tenía que ser estudiante a tiempo completo para luego irse a entrenar. Lo sintió mucho porque ese era el evento para el cual estaba preparada, pero ella comenta que esta fue una de sus mejores carreras. Al llegar a Puerto Rico, Rebeca Colberg le entregó una medalla que ella había ganado. Esto fue un acto simbólico para compensar el que se le negara la medalla en Cuba, cuando supuestamente había perdido el evento.

“Había discriminación contra la mujer en el deporte, pero cuando yo llegué era menos. La paga para la mujer en maratones era mucho menor que para el hombre. Angelita recalca: “Era bien difícil entrenar porque al mismo tiempo tenía que estudiar a tiempo completo. Hacer las dos cosas a la vez era difícil. Cuando quería competir para mejorar, para probarme, no me permitían correr con los varones. No tenía la oportunidad de foguarme constantemente porque vengo de una cuna muy humilde y no me podían ayudar.”

Su última carrera fue en los Masters Mundiales en el 2001, quiso correr como antes pero ya no es lo mismo por la edad y la falta de entrenamiento. Quedó en 5ta posición en los 1500 metros. Nunca anunció su retiro por eso de que si se animaba a correr de nuevo. Angelita Lind hoy día se ha dedicado a dar clínicas de atletismo y charlas de motivación y superación por toda la isla. Trabajó 5 años como entrenadora del equipo femenino. Todavía está en la Universidad Interamericana de San Germán, pero no como estudiante o atleta sino como Asistente del Director Atlético, donde ya lleva 21 años.

Marcas nacionales logros y reconocimientos

- Posee las marcas de 800 metros 2:01.33 realizada en Los Ángeles, California en los Juegos Olímpicos de 1984.

- Marca en 1,500 metros 4:16.01 en el Sixto Escobar San Juan, Puerto Rico de 1985.
- Maratón Che Marques a la distancia de 21.192 (medio maratón) con tiempo de 1:21.45.
- Maratón de La Mujer Puertorriqueña celebrado en el Barrio de Sabana Eneas de San Germán con tiempo de 29.31.00 ganando 10 ediciones.
- Maratón la Candelaria celebrado en Mayagüez en enero de 1994 con marca de 35:21.
- Milla de Oro celebrada en San Juan con tiempo de 4:35.00.
- Portadora de la Antorcha de la Paz. Angelita recibió la antorcha de la paz en el aeropuerto Luis Muñoz Marín. La antorcha se quedaría una noche en San Juan y al otro día Angelita partiría con los demás grupos de atletas de otros países. Este recorrido se haría hasta llegar a Washington D.C. Los recorridos se hicieron “bajo fuertes lluvias, frío y nevadas”, se corrieron muchos kilómetros.
- La comisión de Asuntos de la Mujer de la Cámara de Representantes la escogió como una de las deponentes en la Vista Pública a discutir el tema sobre la participación de las atletas mujeres en las carreras de larga distancia que se celebran en Puerto Rico con el propósito de determinar si existe una situación de discriminación contra la mujer, por razón del género. (Jueves, 14 de octubre de 1993).
- La Junta de Gobierno, el Consejo Administrativo y la Oficina del Comisionado de la Liga Atlética Interuniversitaria le dedican las Justas de 1996 junto a otro grupo de estudiantes atletas profesionales, que impulsaron el Atletismo Femenino a nivel universitario y nacional. (Sábado, 20 de abril de 1996 en el Paquito Montaner).

Una obra con sutileza de mujer boricua

Pintora y artesana; nació el 12 de junio del 1947 en el pueblo de Utuado. Sus padres son: Francisco Reyes y Luisa María Rivera. Olga estudió sus grados primarios en la escuela del Barrio Paso Palma en el pueblo de Utuado. Estudió sólo hasta quinto grado.

Olga Enid Reyes a sus 12 años de edad comenzó a coser ropa para su madre, su hermana y para ella misma. Le gustaba pintar en piedra. Olga dibujaba para las maestras y le pagaban un dólar por cada dibujo que ella realizaba. A la edad de 18 años decidió ir a Nueva York y para reunir su dinero para el viaje tuvo que trabajar cosiendo tabaco porque su padre no quería que se fuera y no le iba a suplir ningún gasto.

Cuando llega a Nueva York empezó a trabajar haciendo colchas en una máquina industrial, le pagaban 40 dólares semanales. Con el dinero que ganaba, le enviaba \$10 a su madre, \$10 a su hermana, \$10 para sus gastos y los otros \$10 los guardaba para el regreso a Puerto Rico.

Olga siempre se perdía en esta ciudad porque ella fue a experimentar una vida nueva. Una vez se perdió al regresar a su hogar y gracias a Dios que encontró un policía y le explicó que tren debía tomar para regresar, fue un susto increíble para esta mujer. Olga nunca tenía ninguna malicia, era una mujer sana.

Luego Olga decidió dejar el trabajo de coser colchas. Se fue a trabajar con su hermana en una fábrica haciendo las iniciales de la ropa de los soldados y las correas. Le pagaban 50 dólares semanales.

Esta mujer luchadora y trabajadora, estuvo diez años en la ciudad de Nueva York en busca de una mejor vida.

Regresa a Puerto Rico y conoce a Jorge Antonio Arce y a la edad de 19 años se casa con él. Ella se fue a trabajar al pueblo de Caguas en una fábrica de ropa interior. Al tiempo se va para Chicago con su esposo y estuvo 3 años. En este momento Olga tuvo su primera hija la cual llamó Enid y a los 3 meses regresa a Puerto Rico. Esta familia regresó a la isla sin dinero y tuvieron que irse a vivir con la madre de Olga. La vida fue bien dura para esta mujer que tomó la decisión de ir a

coger café con su esposo. En su tiempo libre pintaba en piedra. Con las ganancias del café lograron comprar un Jeep. El esposo de Olga no quería que ella trabajara, pero como a ella le gustaba trabajar se fue en busca de trabajo y a la semana consiguió trabajo en la fábrica de Jacinto poniendo bolsillos a los pantalones. Ponía 1000 bolsillos diarios y le pagaban 150 dólares semanales. Trabajó 15 años en esta fábrica y en su tiempo libre visitaba centros comerciales donde exhibía sus pinturas en piedras. Olga tuvo dos hijas más: Dagnalis y Olguita. Trabajó también en Arecibo donde tenía que hacer ropa reversible para los artistas. Le pagaban 200 dólares semanales y con este dinero comenzó a construir su hogar en el que actualmente vive.

Olga criaba diferentes aves, pericos, cotorras, faisanes y los vendía. Esas aves fueron su inspiración y comenzó a pintarlas en botellas, higueras y en canvas en pequeños tamaños. En este entonces tuvo problemas familiares y tuvo que divorciarse y se quedó con sus tres hijas sola durante dos años. En este momento Olga comienza a pintar personas.

Conoce al pintor y artesano Miguel Ángel Guzmán que le ayudó en las pinturas. Según Olga, él fue un maestro para ella enviado por Dios. Le enseñó a pintar la naturaleza (árboles, montañas, flores, etc.)

A los ocho años de haberlo conocido decide casarse con Miguel Ángel. Entonces junto a él iban a ferias, exhibiciones, universidades. En una ocasión Olga dio clases de pintura a niños y adultos.

Hoy día pertenece al grupo de Mujeres Distintas Formas, todas pintoras y juntas han participado en exposiciones. También ha expuesto sus obras en el Canal 2, en Chicago, México, Miami y Puerto Rico.

Actualmente Olga se dedica a pintar distintos tipos de aves en plumas. Contó que una mañana se encontraba en su cuarto y observó que en su cabello llevaba una pluma de ave. Entendió que era un mensaje para que pintara en plumas.

Las obras más reconocidas de Olga están pintadas en canvas y en higueras.

De acuerdo con Ángel Maldonado Acevedo en la obra de esta artista autodidacta se destaca su captación del paisaje puertorriqueño, con los múltiples detalles que la vida campesina le añade a ese paisaje y que lo convierte en

escenario de un barroquismo muy a la puertorriqueña. Los paisajes de Olga Enid Reyes nos representan memorias de un Puerto Rico que se pierde ante el mal llamado progreso. Cerros y laderas, flora y fauna, veredas que se pierden en abras cubiertas de verdor, casitas campesinas cuyos detalles solamente una sensibilidad despierta y amorosa como la de Olga puede recrear.

Además de sus lienzos cabe destacar las pinturas en tabloncitos de maderas preciosas del país que estamos seguros recibirán la atención del público ávido de nuevas expresiones artísticas.



Olga Enid Reyes

Cosiendo y bordando

La señora Ana Arce Martínez, nacida el 20 de enero de 1919 y que actualmente cuenta con 87 años de edad, fue una de las mujeres que trabajaron en la industria de la aguja para el año 1935, cuando apenas contaba con 16 años de



edad. La industria de la aguja se desarrolló rápidamente durante la década de 1920. Puerto Rico apenas exportaba tejidos de algodón antes de este año. La industria de la aguja surgió casi de la nada hasta convertirse, en el transcurso de sólo cinco años, en una actividad de casi tanto valor como el tabaco y mas valiosa que el café. En Puerto Rico la industria de la aguja se concentró en Mayagüez y en municipios cercanos a éste. Esta industria se caracterizaba por sus formas peculiares de empleo y trabajo. La mayoría de los obreros eran mujeres que desempeñaban las labores de costura, bordado o tejido en sus propias casas, particularmente si se trataba de labores diestras como el mundillo. Se instalaron también unos talleres o fabricas de costura estos años; pero lo que verdaderamente distinguió a la industria de la aguja fue el trabajo a domicilio. Los comerciantes de los Estados Unidos viajaban a la isla, trayendo consigo telas, máquinas de coser y otras herramientas. Las condiciones de vida y trabajo que la industria de la aguja conformó fueron desoladoras. Ya para el año 1926 se calculaba que esta industria empleaba unas 40,000 mujeres. La industria de la aguja estaba basada en una explotación intolerable de miles de trabajadores, especialmente de mujeres y niñas.

La entrevista a Ana Arce ilustra como realmente fue la industria en esta época. Ella vivía en Utuado, en el barrio Viví Arriba, Sector Bateyes. Se fue a casa de su familia en Mayagüez cuando tenía 15 años para cuidar a su tía que había dado a luz. Ella cuenta que un día apareció un hombre de tez blanca y que no hablaba muy bien el español y le ofreció trabajo como costurera. Ella aceptó ya que necesitaba un dinerito para poder subsistir y echar para adelante, ya que no estaba con sus padres. Dijo: “Para el tiempo que yo trabajé como costurera, lo más que se producía era ropa de niños, trajes, blusas y pañuelos. Yo hacía pañuelos, pero la parte que me tocaba era la del bordado, que era lo mejor que me quedaba.

Trabajábamos muchas horas a la semana y se nos pagaba por la cantidad de pañuelos que podíamos hacer. En una semana me podía ganar \$1.05, esto si hacia como 3 docenas de pañuelos, o me podía ganar \$0.50, dependiendo de cuantos pañuelos terminara con el bordado. En aquella época tenían que conformarse con lo que les pagaban, no era como hoy que las personas pueden exigir lo que quieren que le paguen. Casi todas las que trabajaban en la industria eran mujeres y niñas. Yo era una niña en aquel entonces”.

Ya con el tiempo se empezaron a usar las máquinas, y aunque ella no tenía una, iba a casa del agente y lo cosía allí o usaba una máquina prestada. Las máquinas de aquel tiempo no eran como las de ahora; las de antes había que darle vuelta a la ruedita (manivela) y a la vez ir halando la tela. “Uno se cansaba, porque a veces uno quedaba muy bajito para las mesas en que ponían las máquinas.” A las mujeres en la industria no las trataban como se merecían pero como necesitaban el dinero, se aguantaban.

Ana tuvo que dejar el trabajo y volver a Utuado, porque su mamá enfermó. En el año 1938 se fue a Estados Unidos y allá trabajó en una fábrica de sombreros. Ella emigró buscando un mejor porvenir como hacen la mayoría de los puertorriqueños. Se fue a trabajar allá, porque se ganaba más y el trato, a pesar de que era puertorriqueña, era mejor. En la fábrica de sombreros, a ella le daban todas las partes del sombrero ya cortadas y ellas las unía (esto si el sombrero era de tela); si era una pamela que llevaba muchos adornos, ella le tenía que pegar esos adornos que eran como en acrílico. En esa fábrica había muchos empleados, pero la mayoría eran mujeres. En esta fábrica estuvo hasta el 1956, cuando tenía 37 años. Luego ya casada y con un hijo vuelve a Puerto Rico y se dedica a coser en su casa para las personas que se lo pedían y obviamente cobrando más de lo que se ganaba antes. Todavía hoy día continúa cosiendo pero para su uso personal aunque con un poco de dificultad. A las mujeres las trataban mal en la industria ya que tenían que trabajar largas horas sin descanso y con una paga pobre para el trabajo que realizaban.

Labrando la tierra



Se trata de Elizabeth Santiago Cordero. Tiene 33 años de edad. Nació en Utuado el 9 de enero de 1973. Vive en el barrio de Viví Arriba en Utuado. Viene de una familia de ocho hermanos y ella nueve. Esta familia vivió una pobreza extrema ya que pasaban necesidades: como escasez de alimentos, de ropa, de zapato, entre otras.

Su vida no ha sido fácil, tuvo que luchar desde pequeña. Ella buscaba agua en pailas desde el río hasta su casa, recogía café desde los cinco años y cuidaba a sus demás hermanitos. Además, cocinaba, fregaba, lavaba ropa en el río, hacía de todo un poco en su casa. Vivió en una casa hecha de palos del monte y yaguas.

Ella era la mayor de todos sus hermanos. Por lo tanto llevó el peso de casi toda la carga del trabajo de la casa. Tenía que hacer todo en el hogar porque su madre se iba a trabajar y ella atendía a sus hermanos.

En la escuela estuvo hasta séptimo grado ya que su madre la necesitaba para las tareas de la casa. Le hubiese gustado seguir estudiando pero la necesidad y el trabajo se lo impedían. No tuvo otro remedio que seguir en su casa ayudando a su madre y cuidando a sus hermanos. Cuando sus hermanos fueron a la escuela ella se iba con su madre a trabajar en la agricultura. Allí, talaba, sembraba y recogía café, sembraba plátanos, abonaba y recogía la cosecha. Se casó a los 15 años por las necesidades que pasaba en su casa. Antes de su quinto aniversario de boda queda sola con sus cuatro hijos.

Elizabeth se fue a trabajar como empleada en la finca de Don Ismaro Rivera en Viví Arriba para poder levantar su familia. Allí realizaba diferentes tareas. En una ocasión la enviaron a regar veneno. El saco pesaba un montón y al otro día casi no podía levantarse ya que ella era muy delgada. Los demás trabajadores la ofendían como que las mujeres no servían para nada, le decían: *“ustedes sirven para nada,*

sólo para la casa y la cama". Fueron tantas las ofensas que en una ocasión "me enredé con unos de los trabadores a pelear". Los llevaron al capataz y le dieron la razón a ella. Todos eran hombres y ella se destacaba entre todos ellos. La ofendían y la acosaban pero ella siguió en su trabajo. Contra viento y marea continuó, sabía lo difícil que era encontrar trabajo y ella era el único sustento de la familia. Finalmente, los dueños de la finca le pidieron que limpiara la casa y les arreglara el jardín. No lo pensó dos veces cuando ya ella había dicho que sí. Su paga era de \$50.00 semanal. Poco a poco aprendió a cultivar café.

Además de sembrar y cuidar la siembra de café, despachaba semillas de café, llenaba bolsas, preparaba el veneno y ayudaba a los otros que no sabían. Con el tiempo ganó la confianza del capataz y le ofrecieron un puesto de encargada de toda la finca. Eran aproximadamente 40 cuerdas sembradas de café, plátano, guineo, china, etc. Le subieron la paga, le daban vacaciones, un horario más flexible y un bono, entre otros beneficios. Cuando los trabajadores supieron que ella era la encargada no querían trabajar y muchos se fueron. Ella les impuso normas y les indicó que tenían que llegar a las 6:00 a.m. y salir a las 2:00 p.m., tomando su hora de desayuno, almuerzo y un receso. Ayudó para darles un aumento de salario y más beneficios.

Elizabeth se superó con este trabajo. Compró una finca de 10 cuerdas y ella sola la está sembrando. Hoy día vive en una casa en madera en su finca, pero ya comenzó a construir una en cemento. Sus hijos ya están todos en la escuela.

Esta mujer posee un espíritu de trabajo y superación. Ella luchó por sus hermanos, y ahora por sus hijos. Nunca le importó que la gente se burlara de ella por su trabajo, porque para ella, trabajar honra.

Tres generaciones

Durante las últimas cinco centurias, se combinaron en Puerto Rico la experiencia de la mujer taina, experta tejedora de hamacas, el talento de la dama española, transmisora del ingenio europeo y la incansable laboriosidad de la africana. Entre cruces y vueltas, alfileres y bolillos, al compás del trenzado de las hembras se entrelazaron las tareas de una humilde y desventajada existencia en una patria apenas naciente.

Como resultado del agotados esfuerzo de tantas heroínas (y héroes) anónimos que se empeñaron en preservar tan antiguo arte, llega hasta nuestros días el producto exquisito y delicado que bien conocemos como encaje de bolillos o tejido del mundillo.

Leonides López, su hija, Celia Vales y su nieta Somarie Domenech, son tres generaciones dedicadas al trabajo del mundillo.

La abuela, Leonides, comenzó a trabajar a los 10 años. Aprendió a trabajar el mundillo con una vecina. Le enseñó el oficio a su hija Celia y ésta, a su vez, le enseñó a su hija Somarie.

Doña Celia es propietaria de una tienda de ropa de niños llamada Creaciones Leonides hechas en hilo, estopilla y mundillo, todo hecho a mano y Somarie es propietaria de una tienda de muebles para bebés, llamada Pequeño Angelito.



Doña Leonides tiene 88 años y no se acuerda de muchas cosas debido a que esta enferma. Ella cuenta que los instrumentos que se utilizan para trabajar el mundillo son: una caja de madera con una almohadilla y 22 palitos. En la almohadilla se marca con alfileres el diseño de la pieza que se va como a hacer.

Doña Leonides dijo que su familia era pobre pero eran felices. Según ella, había que trabajar duro para llevar la comida al hogar. Sobre vivió los huracanes San Ciriaco, Santa Clara y San Felipe. A pesar de ello pudo echar su negocio para adelante.

Trabajé en el azúcar, el tabaco, el café y en la industria de la aguja



La suerte del azúcar cambió dramáticamente después de la invasión. Puerto Rico se convirtió de nuevo en un país dedicado principalmente a la producción del azúcar. Para 1910 el azúcar había vuelto a reclamar el trono de la economía insular. Después del azúcar, las inversiones estadounidenses más cuantiosas se concentraron en la industria del tabaco. Había en Estados Unidos un mercado grande para este producto, tanto en hoja como en cigarros ya elaborados. Sin pagar impuesto por importación, la industria Puertorriqueña del tabaco creció a pasos agigantados. La tercera industria agrícola principal, el café, no tenía, como el azúcar y el tabaco, el subsidio tarifario en la nueva dominación colonial. Después del cambio de dominación, los mercados tradicionales del café puertorriqueño en España y Cuba le negaron la preferencia acostumbrada. La nueva industria de la aguja se desarrolló en la isla a partir de 1920. La industria se concentró en el área oeste de la isla donde agentes estadounidenses armados con telas y equipo contrataron a cientos de mujeres para que confeccionaran piezas de vestir desde sus hogares. En la década de 1940, la economía de Puerto Rico se basaba en la exportación de productos agrícolas y el ingreso promedio del puertorriqueño era de apenas \$122.00 anuales. Fue en esta época que llegaron al poder el gobernador estadounidense Rexford G. Tugwell, junto a una legislatura encabezada por Luis Muñoz Marín y otros miembros del Partido Popular Democrático. Estos creían firmemente en desarrollar un sistema económico que propiciara el bienestar de la sociedad.

Esta fue la época que le tocó vivir a María I. Rivera Irrizary que nació el 31 de julio de 1909. Para aquella época las mujeres no las enviaban a la escuela, pero, por suerte en el barrio había una persona que se encargaba de hablar con los padres de las niñas inteligentes para que estos las enviaran a la escuela. Ella asistió por primera vez a la escuela cuando tenía ocho años y cursó hasta quinto grado.

Cuando salió de la escuela tuvo que aprender a bordar, cortar y coser, le enseñó la mamá del que sería su esposo ya que ellos eran vecinos.

Empezó a trabajar en la industria de la aguja. Comenzó bordando ropones que eran enviados a Estados Unidos y España. Caminaba alrededor de cuarenta minutos para buscar los ropones en la casa de la familia Echandía en el barrio Quebrada en Camuy. Las mujeres de la familia Echandía eran costureras y se encargaban de entregar los trabajos. Le pagaban a 20 centavos por la docena. Con el tiempo compró una máquina de coser por \$60.00 por la cual pagaba \$2.00 mensuales. Empezó a coser y a bordar los ropones. Por la docena de éstos le pagaban de \$1.20 a \$1.50. El dinero que ganaba lo usaba para sus gastos personales y para los gastos de la casa.

María tuvo varios pretendientes pero la mayoría eran viudos o tenían hijos. Siempre estuvo enamorada del que sería su esposo, Rafael Hernández. Ellos eran buenos amigos y ella le conocía todas sus pretendientes ya que a éste le gustaban varias. Al pasar el tiempo éste se enamora de María y decide casarse con ella. Se casaron el 15 de junio de 1940. Ella tenía 31 años y Rafael, 39. Hernández. Tuvieron siete hijos, cuatro mujeres y tres varones. Cuando se casó comenzó a trabajar en la finca con su esposo. Con lo que logró ahorrar del trabajo de la aguja compró una novilla que con siete crías que tuvo pudieron pagar la finca de doce cuerdas de terreno. Un dato muy importante es que el dinero con que se compró la finca era de María, algo muy inusual para esa época. Sembraron 3 cuerdas de caña de azúcar y las demás de tabaco, café y frutos menores.

María realizaba varias labores en la finca, sembraba habichuelas, maíz, frutos menores, además de recoger la hoja del tabaco. La caña que se producía se le vendía a la Central los Caños en Arecibo. Tenían un día en específico para pagarle lo que se conocía como la liquidación. Era poco dinero y lo utilizaban para pagarles a algunos empleados que tenían trabajando en la finca, además de pagar en la tienda los productos que debían. El tabaco se le vendía a un señor de apellido Bravo. El café y los frutos menores que cultivaban eran para el uso doméstico. María y sus hijos ayudaban en la producción del tabaco. El dinero que se ganaba de la venta de estos productos daba para sobrevivir. Cuando comienza a decaer el cultivo de la

caña se dedicaron a la crianza de cerdos y ganado en la finca. Actualmente la finca pertenece a los terrenos de las famosas Cuevas de Camuy.

En la casa se cocinaba con leña y no tenían nevera. Para fregar se utilizaban las ditas. Estos consumían todos los frutos que la tierra produjera. Además se comía bacalao, pollo del país, todos los granos, arroz y harina de maíz. La harina de maíz se preparaba en un molino de piedra. Se hacían zorrullos, arepitas, crema de maíz y marotas.

Receta de la marota

- 1- Primero se molía el maíz en un molino de piedra.
- 2- Luego se cernía la harina y se sacaba la más fina y limpia para el uso de la casa y los pedazos más gordos eran los que se utilizaban para hacer las marotas.
- 3- Al finalizar se cocinaba la harina con agua y se le agregaba habichuelas o algún tipo de carne.
- 4- Esto eran las famosas marotas, harina de maíz con granos o carne.

Maria votó por primera vez en 1936 por el partido Liberal presidido por Antonio R. Barceló. Las personas se vestían de blanco con un pañuelo rojo. Para poder llegar al pueblo a votar la familia Echandia colocaba las sillas del comedor de su casa en la caja de los camiones que se usaban para cargar la caña de azúcar y así era como lograban llegar al pueblo a votar.

Luchando por sobrevivir

Según Francisco A. Scarano en el libro **Puerto Rico Una Historia Contemporánea**, la industria de la aguja se desarrolló rápidamente en Puerto Rico durante la década de 1920. La razón es que las trabajadoras de la industria de la costura en Estados Unidos se fueron organizando para obtener mejores salarios. Los dueños de las empresas de tejidos buscaron entonces otros lugares donde pudieran pagar salarios más bajos.



Puerto Rico fue uno de los lugares preferidos, especialmente por un grupo de capitalistas procedentes de Nueva York.

Elena Pérez Pérez nació el 18 de septiembre de 1922 en el barrio Piletas de Lares. Elena no asistió a la escuela ya que sus padres no se lo permitieron por ser mujer ya que para ellos las tareas de la mujer eran las de la casa. Ella no tuvo la oportunidad de aprender a leer y a escribir nunca. Su madre Josefa Pérez le enseñó a coser y a bordar ya que ella lo hacía muy bien. Elena comienza a trabajar a los 12 años de edad y lo primero que cosió fue un traje de encajes para su uso personal, ya que ellos eran muy pobres. Su padre Juan de la Cruz Pérez le compraba las telas para que ella pudiera coser y bordar y así también ayudar económicamente a la familia que vivía en una casa hecha de tablas de palma y yagua, No tenían luz eléctrica y se alumbraban con mechones que ellos mismos preparaban. Tampoco había agua potable, razón por la cual tenían que buscar agua en el pozo. Ellos comían de lo que podían cultivar como: ñames, batatas, pana, yautía, maíz y otras verduras. El café se compraba en la plaza lo tostaban y lo molían en pilones. Tenía Elena unos 6 años cuando pasó por la isla el huracán San Felipe que azotó fuertemente. La familia compuesta por diez miembros tuvo que refugiarse en la casa del abuelo. La pequeña casa fue azotada fuertemente por los vientos de aquel huracán que la dejó sin techo. Luego de sobrevivir a este desastre los padres de Elena se dieron a la dura tarea de reconstruir su pequeño hogar.

A los 22 años Elena contrae matrimonio con el joven Virgilio Reyes. A los dos años de casado, Virgilio le hace una casita a Elena en la finca de sus padres. La casita estaba construida de yaguas y ahí nace su primer hijo. La situación se puso difícil. Su esposo Virgilio trabajaba en la caña y le pagaban tres dólares semanales. Elena comienza a coser y a bordar con más esmero y dedicación y en mayor cantidad. Compraba las telas en la tiendita de Don Chente en Lares. Las telas costaban treinta centavos la yarda y las más finas costaban cincuenta centavos la yarda. El palo de hilo se vendía a cinco por un dólar. El bordado consistía en el realce, festón y repulgo en las mangas. Ella comienza a coser y a bordar piezas de algodón para el taller Cabán. Le pagaban a sesenta y cinco centavos la pieza y si tenían mucho bordado le pagaban a ochenta centavos. También, cosía y bordaba para el taller de Doña Aleja en Camuy. Por una docena de trajes para niños le pagaban a setenta y cinco centavos la docena.

En el 1946 dio su primer voto al partido republicano por respeto a su padre y no por sus ideales. Elena y Virgilio procrearon seis hijos y la situación se tornaba cada vez más difícil. Para el 1974 el gobierno le provee la ayuda de los cupones ya que nunca recibieron el mantengo. La relación de Elena con su esposo Virgilio siempre fue muy buena. Aunque había mucha necesidad el amor que los unió, los mantiene juntos todavía. Llevan 59 años de matrimonio y de arduo trabajo.

Una vida de sacrificio

Luís Burgos Berrios desde Morovis cabalgaba hacia Jayuya para visitar a su familia y en unas de esas visitas conoció a Catalina González Sánchez, hija de una familia humilde. En el año 1927 se casaron y se establecieron en una casa de madera y cinc ubicada en el barrio Cialito en Jayuya donde empezaron a criar a sus once hijos: Ángel Luis, Antonia, Santos, Jesús, Teresa, José Antonio, José Andrés, José Carlos, José Joaquín, Juanita e Irma Rosa.

Antonia nació el 20 de enero de 1932 en Cialito de Jayuya. Cursó su primer grado en la escuela elemental de este barrio. Luego su familia se mudó al sector Yune en Mameyes de Jayuya donde estudió el segundo grado. Cuando se mudan para la casa que tenía dos cuartos para toda la familia en barrio de Río Grande de Jayuya, cursó el tercer grado en la escuela de aquel barrio. Allí vivió la familia Burgos González. Tuvo que abandonar la escuela cuando estaba en el tercer grado para ayudar a cuidar a sus hermanos menores, ya que era ella la segunda, pero la primera de las mujeres. Para ese tiempo tenía dos trajes: uno para el domingo para ir a la iglesia y el otro para cuando tuviera que ir al hospital. Su papá empezó a trabajar como caminero para el gobierno y su mamá limpiaba casa de gente adinerada conocida y a la misma vez cosía blusas y pañuelos en calado. Cuando apenas tenía 11 años, recogía café en la finca de Francisco “Pancho” Pabón. Con una canasta de paja enganchada encima y bajo un sol candente iba de rama en rama cogiendo el café junto a las demás personas. Cuando terminaban, subían a donde el dueño de la finca, para que él midiera el almud. Le pagaban cincuenta centavos el almud. Trabajaba día a día para ayudar a su papá a sostener la familia. Eran trece en total y no era fácil vivir en aquellos tiempos.

A medida que los días habían pasado, en su casa trajeron vacas y cabras para leche y carne, y gallinas para carne y huevos. Su papá empezó a sembrar en la finquita de la casa yautía, batata, guineo, plátanos, chinas, ñames, etc. Su tío que tenía una carnicería en el pueblo, todos los días les enviaba carne. Para ese tiempo no tenían luz y no se podía congelar la carne. Tenían que cocinar la carne el mismo día para que no se dañara. Ellos cogían el agua del pozo para beber y cocinar. El agua la enfriaban en una tina de madera. En el río lavaban la ropa con un jabón azul

y se bañaban, pues tampoco no tenían agua. Todos los días cortaban la leña con un hacha para cocinar en el fogón. Recuerda a su papá por las mañanas escuchando la radio de batería que tenían.

Para el 1947 ella se casó con su vecino Juan Hernández Reyes, el padre de sus siete hijos. Empiezan a vivir en una casita que se encontraba al lado de la casa de los padres de él. Cuando su esposo trabajaba, ella cuidaba a sus hermanos menores, porque sus dos padres trabajaban. Su esposo inventó una tina de cemento para que el agua que se sacaba del pozo se conservara más fría, ya que tampoco tenían luz, ni agua. Su suegro le daba granos de café, los cuales preparaba quitándole la cáscara, los ponía al sol en un saco, con una paleta de madera les daba, luego los venteaba (sacudía) con una bandeja y los soplabla para sacar las pajas. Por último, los ponía en una olla para tostarlo hasta quedar negrito y al final con un pilón los molía, para guardarlo en unas latitas. Todas las mañanas, ponía hacer el café, en una estufa de gas, y cocinaba en el fogón el desayuno antes de que su esposo fuera a trabajar.

Un día estaba con sus dos primeras hijas en el pueblo haciendo unas gestiones y cuando subían escuchó un alboroto en las calles. La gente gritaba: “el pueblo se quema, escóndanse que están tiroteando, hay helicópteros disparando, etc.” Ella asustada y desesperada porque su esposo no estaba con ella, avanzó a llegar a su casa. Dio gracias a Dios porque su esposo estaba en la casa y se encerraron como todos lo hicieron. Más tarde recibieron la mala noticia de que mataron al primo de su esposo que era un oficial. Esa fue la triste mañana de la Revuelta Nacionalista donde quemaron todas las propiedades federales y mataron muchos guardias.

Al tiempo Juan muere, dejándola sola con sus siete hijos. Al pasar esta tragedia, se mudan para el residencial La Montaña, donde recibían la PRERA (mantengo), que les suplía queso, arroz de grano largo, mantequilla de maní, huevo en polvo, maíz, habichuelas blancas en grano, leche en polvo, latas de jamón, harina de maíz y de trigo, manteca de cerdo, sirup de pancakes y habichuelas tiernas. Ella empezó como empleada de comedores, cocinando y repartiendo la comida en la escuela del pueblo. Trabajando duro cada día, para luchar y sacar hacia delante a

sus siete hijos. Ella dice que no fue fácil hacer el papel de madre y padre a la misma vez, porque ella trabajaba y cuando llegaba se ponía a cocinar y atender a sus hijos.

Una empresa familiar



El cultivo del tabaco se extendió con rapidez durante las primeras décadas del siglo XX. En el año 1927 el tabaco alcanzó el punto cumbre en producción en toda su historia. A pesar de este auge, la industria del tabaco siempre tuvo sus alzas y sus bajas. En unos años se producía mucho tabaco y en consecuencia, el precio bajaba. En otros, se registraba una reducción en la cosecha y el precio subía. En períodos considerados prósperos

se vendió mucho tabaco a buen precio.

Para la década del 40 en la casa de mi bisabuelo Antonio Lugo del Pilar, se sembraba tabaco y la tía de ellos, María del Pilar al igual que otros trabajadores (hombres y mujeres) que venían a caballo desde un barrio cercano (Yeguada de Camuy), trabajaban en la siembra y cultivo del tabaco. María del Pilar Nieves, hija de Carmen Nieves y de Luciano del Pilar, nació un 12 de enero de 1877 en el barrio Terranova de Quebradillas y murió en el año 1977. Tenía nueve hermanos: Jiña, Ramona, Susana, Tecla, Práxedes, Toña, Fina, Sico y Liberato. Su padre era carretero y su madre ama de casa. Se casó con Pedro González y tuvieron cuatro hijos: Toño, Gerardo, Confesor y Susana. Crió también una sobrina llamada Ana. En aquella época, cuando nadie de la Iglesia Católica se divorciaba, María se divorció cuando su hija mayor tenía doce años. Su esposo no era trabajador ni proveedor. Ella mantuvo su familia lavando ropa de sus sobrinos y familiares en el río Guajataca. Luego se fue a vivir a la casa de su hermana Práxedes donde se dedicó a trabajar en la industria del tabaco.

María era una persona trabajadora y de genio bien fuerte y contaba con la confianza de mis bisabuelos. Esta se encargaba de distribuir el trabajo de la cosecha y preparación del tabaco a las mujeres que venían a trabajar. Como esta empresa era familiar nunca participó en huelgas o levantamientos contra el patrono, pero era una mujer que sabía dirigir a los demás y se daba a respetar. Al pasar los

años y al casarse sus hijos se quedó viviendo en la casa de su hermana Práxedes hasta el día en que muere.

Los pasos en el cultivo del tabaco eran: preparar semilleros que utilizaban para luego sembrar, el cosecho, el hilado y la preparación de rollos para vender a otros agricultores. Mi familia explica que en el área de Quebradillas, Camuy e Isabela el tabaco se trabajaba diferente al área este, ya que el del área este era para cigarros, y el del área norte para hacer rollos que se utilizaban para “mascar”. El tabaco de Cayey, Comerío y Aguas Buenas era de la variedad “*Virginia*”. Éste se dejaba crecer bien alto y luego se cortaban las hojas, se pasaban por un cordón y se ponían a secar pegados a las paredes en unos ranchones de paja.

La siembra del tabaco comenzaba con la preparación de semillas. Estos se preparaban haciendo unas hileras de 40” de ancho con unas zanjitas entre cada una por donde los obreros caminaban para desyerbarlas. En esas hileras se hacían unos hoyitos con las manos y se iban echando las semillas. Al final de las hileras se hacían unos lomitos y en estos se sembraba cilantrillo. Antes de la siembra se preparaba el terreno con *cachaza* (bagazo de la caña) para abonarlo y se le echaba “*Verde París*”, un veneno que mataba los insectos. Cuando las matitas tenían 8” de alto se transplantaban a la finca. Para que las changas no se las comieran se les envolvía con una hoja de mamey (en forma de un embudo) dejando fuera sólo las raíces.

Antes de ir a la escuela, a las 6:00 a.m., mi bisabuelo levantaba sus hijos para arrancar las semillas (matitas) que iban a vender. Arrancaban entre 25,000, 30,000 y/o 50,000 matitas y luego se iban a la escuela a pie aunque llegara un poco tarde y con las manos pegajosas de la miel del tabaco.

Luego de sembrarlas en la finca y cuando la mata tenía alrededor de 6 a 8 hojas le cortaban el capullo de arriba (lo que ellos llamaban *caparla*) para que crecieran bajitas y que los hijos se desarrollaran. Cuando se capaban a los 15 días, empezaban a echar tallos pegaditos al tallo del centro y había que cortarles esos tallos. Como al mes y pico se partían las hojas y si las hojas sonaban, que se veían vidriosas, estaba listo para cortar. Era otra variedad de tabaco diferente a la de los cigarros pero no recuerdan el nombre. Luego que estaba maduro, se cortaba por los

troncos y se amarraban con la hoja de *San Siberia* (la cual se deshilachaba). Se ponían a secar colgando de lo alto de los ranchones de paja que se utilizaban para este propósito. Cuando estaban las hojas secas (alrededor de 15 días después) se bajaban y se sacaban las hojas de color marrón de sus troncos. Esos troncos los niños le llamaban *paslotes*. Los montaban en camiones que estos hacían de madera y decían que era la caña que llevaban para la Central.

Mi bisabuela se encargaba de preparar el almuerzo para la familia y los trabajadores de la finca que consistía de viandas, sopas de habichuelas verdes o gandules que se cosechaban en la casa.

Al oscurecer se reunían las mujeres que hilaban el tabaco como: María del Pilar (tía de mi abuelo), Goyita Nieves, Gerarda Rosario, Jesusa Rodríguez, Carlina Cruz y Rumaldina Rojas. Otras de la familia, como mi abuela Ana M. de Jesús y la tía de mi mamá, Carmen Lugo, *despalillaban*, que era sacarle una vena del centro de la hoja hasta la mitad, quedando la hoja dividida en dos partes. Era costumbre en esa época utilizar los paslotes finitos, que eran los centros que se le sacaban a las hojas. para hacerle nidos a las gallinas con el propósito de que no les dieran piojillos. En ese paso se dividía el tabaco en *pimpollo* (era el de mejor calidad y se utilizaba para la cubierta), *manojo* (era el de calidad intermedia) que se utilizaba para rellenar y para la capa de los cigarros y el *boliche* que lo utilizaban para la tripa de cigarro (relleno). Luego sentados planchaban el pimpollo sobre sus muslos o sobre la mitad de una *higüera* que se conocían como *ditas*. Estas ditas también se utilizaban como escudillas para lavar el arroz y los granos, para fregar y para echar la vianda. Este torcido (hilado) quedaba como una sogá y se iba acomodando esa especie de sogá una sobre otra; lo que le decían la bolla. A veces se iba trabajando el hilado sobre el espaldar de una silla e iba cayendo sobre una manta hecha de saco. De este hilado se hacían los rollos y las “*cajetas*” (rollitos pequeños para los mascadores). El boliche se le vendía en “*manillas*” (paquetitos en forma de escobitas) a Manuel Zamot que tenía una fabriquita de cigarros cerca. Mientras se hacía este trabajo mi bisabuela preparaba café negro que bebían en potes (latas pequeñas de habichuelas), se hervían panas de pepitas y se les daba un “cacharito” a cada uno.

Además una de las mujeres de la casa tostaba el café y se molía en un molinillo en el mismo rancho. En las brazas que formaba la leña donde se tostaba el café se asaban sorullos de maíz. Esos se hacían con: harina de maíz, leche, mantequilla, sal y algunos se les echaba azúcar y se envolvían en hojas de guineo. Al finalizar el trabajo y en la noche, la familia subía a la casa a rezar el rosario.

Preparación de los rollos:

Cuando tenían bastante tabaco hilado se ponían dos cordones en el piso y se iba doblando a 30" de largo y a los 60 codos (vueltas) se enrollaba utilizando los hilos para que se mantuviera unido. Luego se le amarraba otro hilo alrededor (por el centro) y se cubría con hojas de guineo secas que se amarraban con cordón finito. Las hojas de guineo se les encargaba a un señor que le decían Pancho Maní (Pancho Reyes) y las traía cortadas a lo largo y bien planchadas. Los rollos se guardaban por meses en lugares que no estuvieran ventilados para que se curaran.

Los compradores de estos rollos eran: Gregorio Pérez, Toño Hernández y Avelino de Jesús (mi otro bisabuelo). Había rollos de primera, segunda y tercera calidad donde los precios variaban. Los rollos se guardaban debajo de la cama y se sacaban a la sala cuando se iba a efectuar la venta. Los compradores le insertaban una púa de madera (era de madera dura bien pulida y con un manguito al final) hasta el centro y al sacarla la tocaban para saber cuanta miel tenían y con el olfato terminaban de corroborar la calidad. El rollo que había duda de su calidad se le quitaban las hojas de guineo y se verificaba. Los rollos que no estaban curados volvían a ponerse debajo de la cama.

Para obtener semilla para la próxima siembra hacían lo siguiente: al cortar la mata (cuando cortaban el tabaco para secar) los tocones retollaban y había que dejarle solo dos retoños y eliminar los otros. Estos se dejaban crecer y florecían y de esas flores cuando se maduraban se obtenían las semillas para la siembra del próximo año.

Una solista y una flor



Lysette Álvarez de Mayol, nació en el pueblo de Utuado. Su niñez fue llena de música, poesía y arte. Desde niña demostró amor por la música. Cantaba en lo que llamaban “La velada musical”, preparada por la maestra Balean Rodríguez y Selva de Jesús.

La educación en mi época fue bien diferente a la de ahora, para aquel tiempo se daban todas las clases en inglés. La maestra era la que designaba quien era el que tenía que cantar todos los días a la bandera americana.

Para ese entonces yo cursaba el tercer grado. Todas las canciones se enseñaban en inglés, la única clase que se daba era el español. Si le tocaba regañar a un niño lo hacia el maestro, pero hoy día ese valor se ha perdido.

Cursó sus estudios en las escuelas públicas del país y sus últimos años de estudios de escuela superior en el Colegio San Miguel. Se graduó con Alto Honor. Ingresa a la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, donde formó parte del coro de la universidad. Cursó estudios en Educación Secundaria con concentración en inglés. Trabajo de asistente de Bibliotecaria en la universidad. Mientras trabajaba y estudiaba continuó cantando con el coro de la universidad que era dirigido para ese entonces por Sr. Augusto Rodríguez. Estudió cursos dirigidos hacia la maestría en Ciencias Bibliotecarias en Rutgers University en New Jersey.

Al contraer matrimonio con José Juan Mayol Cardona fue a vivir al pueblo de Adjuntas, donde procrearon dos hijos, Antonio y Javier Mayol. Hoy días ambos son profesionales.

Tomó clases con Celia Muñoz de Negrón, primera maestra de canto y madre de Luz N. Hutchinson. Fue ella la que dirigió sus primeros pasos en la música antes de entrar de soprano al coro a la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras. Viajó a Chile, Colombia, Perú, Venezuela con el coro de la universidad.

Para el año 1959 cantó en un programa de televisión en la estación del gobierno, “El teatro música de Operetas y Zarzuelas”, junto a Pablo Elvira, Jesús

Quiñónez Ledesma y otros cantantes del patio. Fue solista soprano en el Segundo Festival Casals.

En el 1975 organiza el primer coro de la Universidad Interamericana de Guayama. En el 1977 organiza el primer coro de la Universidad Interamericana de Ponce. Ofreció conciertos como solista en el museo de Ponce y el Teatro la Perla de Ponce, así como otras entidades cívicas. Dirigió la Coral de Cámara de Augusto Rodríguez, compuesta por ex – alumnos, ofreciendo conciertos en distintos pueblos de la isla.

Su primera experiencia como maestra fue en el Barrio Caimito en Río Piedras. Comenzó dando clase de inglés de séptimo y octavo grado. La escuela era bien pobre. Los salones de clase eran en madera, pero existía mucha cooperación entre los maestros. Los viernes hacían actividades artísticas para la escuela y la comunidad. Los artistas eran los estudiantes. En una ocasión presentó un programa artístico donde participaron los niños de octavo grado en la obra “La Mazurca de las Sombrillas” de Luisa Fernández.

Una anécdota que siempre tendrá presente en sus recuerdos, es la de un niño que era cojito y quería participar en un programa de la escuela. Le enseñó una canción de vaquero, lo vistió como tal y cantó solo al frente. Otra anécdota fue cuando dirigió el coro la Universidad de la Montaña, Utuado y presentó en concierto a una niña que tenía limitaciones físicas, pero cantaba como un ruiseñor y en su escuela era discriminada por sus compañeros por su condición. Hizo que el coro se aprendiera varias canciones teniendo como solista soprano a esta niña de nueve años y presentó un concierto con ella y el coro en la escuela donde la niña estudiaba. Desde ese momento todo cambió para esa niña, finalmente en diciembre 2005, se presentó como solista soprano con el coro en la sala de Bellas Artes en Santurce.

Lysette Álvarez ha pertenecido y participado en las siguientes afiliaciones: Phi Delta Kappa (Fraternidad de Educadores, Capítulo de Ponce), Alpha Delta Kappa (Sororidad Honoraria Internacional de Educadores, donde se desempeñó como Presidenta de Capítulo Beta de San Juan 1994-96), Asociación Graduada de la Universidad de Puerto Rico de Arte, comité de la Revista Asomante, Coral Polifónica

de Ponce (Solista soprano), Coral de Cámara Augusto A. Rodríguez (Solista y Asistente del Director), Sociedad Puertorriqueña de Directores de Coro, Coro Sinfónico de Puerto Rico y directora de la Coral de La Montaña, UPR.

Algunos poemas escritos por Lysette son: *Acuarela, A un niño que pregunta, La oración de una madre, Don Quijote en Puerto Rico, Sueño sobre la mar, Paisaje nocturno, Parábola de los talentos, Las bellas artes se dan las manos, Máscaras en blancos y negro, Los pregones de mi patria, En la clase de ciencia y Pintora sin paleta.*

Perteneció al Coro Sinfónico, en diciembre 2005 la Coral de la Montaña UPR de Utuado y participó en el festival de coros y los llevó al Centro de Bellas Artes en Santurce. Participó de jurado en el Festival de la Voz. Compuso el himno de la Sororidad Alpha Delta Kappa. Dirigió el coro infantil en Adjuntas. Tenía grupos de marimbas e instrumentos de percusión. Actualmente es profesora del Departamento de Educación en la Universidad de Puerto Rico en Utuado.

Terminó sus cursos doctorales y se dirige a defender su tesis doctoral en Currículo e instrucción. Publicará varios poemarios y el libro "*Encuentro con Paulo Freire*".

La mujer de la flor en el cabello y de canto de ángel, honra a la Universidad de Puerto Rico en Utuado.

Todo era tan diferente

Las primeras décadas del siglo XX fueron difíciles y de miseria en la Isla. También fue un momento en donde el trabajo en la caña, el tabaco y en el café eran los únicos medios para que los puertorriqueños de aquella época sacaran adelante sus numerosas familias. Fue durante esa época que Rosario Rodríguez Burgos nació, un 10 de enero de 1916.



Rosario nació y se crió en el campo, en el pueblo de Orocovis. En un barrio del mencionado pueblo creció junto a sus padres y nueve hermanos. Como todos los pobres en aquella época ella no fue a la escuela. Por ser mujer tenía que ayudar a su madre en los quehaceres de la casa. Tenía que cocinar, lavar ropa en el río y cargar agua, entre otras muchas tareas.

A los dieciocho años, como muchas jóvenes, contrajo matrimonio con Juan Olmeda quien trabajaba en agricultura. Al igual que su madre procreó diez hijos. Tanto Rosario como a muchas otras mujeres que vivieron esos tiempos se les hizo difícil llevar un hogar contando solamente con el sueldo de su esposo, así que buscó trabajo como despalilladora de tabaco. De esa manera ayudó a sufragar los gastos que conllevaba un hogar de aquella época. Como despalilladora ganaba cuatro dólares a la semana por su trabajo, mientras que los hombres ganaban dos dólares más.

Con el pasar de los años la situación fue mejorando poco a poco. Para el 1940, según Rosario, vio luz eléctrica cerca de su casa. Como muchos puertorriqueños su primer voto fue para Luis Muñoz Marín. Dice Rosario: “Muñoz fue bueno, todo lo mejoró, arregló el camino de mi casita, construyó carreteras y también, gracias a él, tuve luz eléctrica”.

En la actualidad el gobierno brinda ayudas económicas para personas de escasos recursos como lo es la Tarjeta de la Familia, pero un tiempo atrás se le llamaban “cupones” y para la época de Rosario se le llamaba “mantengo”. Con el mantengo muchas familias tenían la oportunidad de obtener varios alimentos como

lo era el queso, el jamón, el arroz, carne etc. Ayuda que era bien recibida debido a la difícil situación económica en que se encontraban muchos puertorriqueños.

A los cuarenta y seis años Rosario enviudó. En riñas de hombres, le mataron a su esposo cortándole la cabeza con un machete. Esa fue la época más dura y triste de Rosario, era viuda y tenía diez hijos. A los seis meses de enviudar, Rosario como tantos puertorriqueños, decidió emigrar hacia los Estados Unidos en busca de una mejor vida para sus hijos. Ya en los Estados Unidos no trabajó, vivió de ayudas del gobierno.

Nunca se volvió a casar y se dedicó completamente a sus hijos. Hoy día son hombres y mujeres trabajadores. Nunca se lamentó por la época ni siquiera de momentos difíciles que vivió, pues a pesar de todo, “fueron experiencias y épocas en las cuales no existía la maldad que existe hoy, todo era tan diferente”.

Artesana de espíritus



Ruth Esther Rivera Sobá nació en el pueblo de Adjuntas el 25 de febrero de 1925. Actualmente tiene 81 años de edad. Su vida transcurrió en el pueblo de Jayuya. Su padre Antonio Rivera fue maestro por muchos años. Su madre Adela Sobá dedicó su vida a la administración de hospitales. Tuvo cinco hermanos quienes también dedicaron su vida a la educación. Ruth se dedicó a cuidar a su mamá, nunca contrajo matrimonio y no tuvo hijos. Después de jubilada se ha dedicado a criar animales.

Tiene tres perros, cinco gatos y sobre veinte gallinas, lo cual lo ha convertido en su pasatiempo favorito.

Ruth decidió vivir en el pueblo de Jayuya porque abrieron una escuela superior y en Adjuntas no había escuela superior. Estudió en la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, los sábados y los veranos. Estudió educación y se graduó de normal. Le llamaban graduación normal porque se graduaban de dos años y después estudió dos años más para obtener el bachillerato. Para esta época no había beca, pero las cosas eran más económicas. A los estudiantes que trabajaban le cobraban el crédito a un \$1.00. Comenzó a trabajar antes de graduarse porque había escasez de maestros debido a la Segunda Guerra Mundial.

Para la década del 50, surgió una revolución en Jayuya, se le llamó la revuelta nacionalista. La mayoría de las personas dejó de trabajar y se fueron del pueblo por temor a la revolución. Ruth comenta que esta revolución surge a raíz de la reclamación de parte de los nacionalistas, que querían la independencia. Como no llegaron a ningún acuerdo comenzaron a quemar muchas casas y algunas tiendas.

Ruth dedicó 35 años al Departamento de Instrucción Pública. Enseñaba estudios sociales a niños de sexto grado. Su primera experiencia de trabajo durante siete años lo fue en la Escuela del Barrio Zamas. Luego trabajó 28 años en la Escuela Figuera de Jayuya y en esta escuela trabajó hasta jubilarse. Actualmente lleva 26 años jubilada. Cuando comenzó a trabajar de maestra le entregaba todo el

dinero a su hermana mayor porque era la que llevaba el timón de la casa. Eso era una costumbre en las familias. Su hermana le daba diez dólares para que fuera al cine o para lo que ella quisiera. Cuando iba al cine pagaba tan sólo 25 centavos y 5 centavos en el matiné de los domingos. Su hermana mayor le mandaba a hacer trajes bordados porque los maestros iban a trabajar bien vestidos. Las maestras vestían con trajes largos bordados y los hombres con gabanes negros, camisas blancas y con sombreros. Ser maestro tenía sus ventajas y también tenía sus desventajas. Los maestros no cualificaban para la ayuda del mantengo, sólo era para las personas pobres que no trabajaban. Los maestros no podían comer en el comedor, no se lo permitían. Los maestros ganaban ochenta dólares mensuales, pero con el paso de los años fueron aumentando a \$650.00 dólares mensuales.

Siempre tuvo buenos compañeros. Actualmente sólo le quedan dos compañeras. Nunca tuvo problemas con los maestros ni mucho menos con los estudiantes. Algunas veces Ruth le daba unos pellisquitos suavécitos, pero eso era a veces porque ellos la respetaban mucho. Los estudiantes no se atrevían a dar quejas porque sus padres no se lo permitían y si se portaban mal con el maestro los papás los castigaban. A los maestros les gustaba visitar las casas de los estudiantes, pero no era para dar quejas sino para conocer a los padres y para tomar café de vez en cuando. Le gustó ser maestra, dice que es un recuerdo que jamás lo va a olvidar. Aún recuerda cuando ella y sus compañeros maestros se quedaban media hora después de acabarse las clases con los estudiantes que no entendían el material. En la escuela había un programa en el cual atendían a los niños que no tenían zapatos ni ropa. Los niños tenían la costumbre de acompañar a los maestros hasta las casas. Los maestros y los estudiantes tenían que caminar a pie porque ninguno de sus compañeros de trabajo tenía carro. Había guaguas públicas pero cobraban 10 centavos. Por su excelente labor recibió numerosos reconocimientos.

El 24 de julio de 1942, Ruth recibió unos adiestramientos en *Percy School of Commerce*. En verano, unas personas vinieron de Ponce a adiestrar a todo el personal de la escuela que quisiera aprender taquigrafía, contabilidad y como manejar correctamente la maquinilla. Le entregaron un certificado de reconocimiento por ser la maestra que más ligero escribía en la maquinilla por

minutos. Estas personas que adiestraban sólo estuvieron seis meses, luego se fueron y jamás regresaron. El 26 de abril de 1967, recibió otro reconocimiento por un curso que tomó en el Departamento de Instrucción en Ponce, llamado “El Adiestramiento en Ayuda Propia Médica”. El 8 de noviembre de 1967, obtuvo otro reconocimiento por su consecuente asistencia y participación durante el taller sobre *La Vida En La Familia*. El 3 de mayo de 1968, recibió un certificado de parte del Departamento de Instrucción en reconocimiento a sus años de servicio.